

No te pierdas con los...

SCARLETS

UNA NOVELA EN EL MUNDO ASYLUM



MADELEINE ROUX



Prepárate para conocer a Cal y a los Scarlets... Aunque para enfrentar lo inexplicable y el terror, nunca estamos lo suficientemente preparados...

Cal llega al colegio preparatorio como cualquier otro joven, con un grupo de amigos, pero también con un padre poderoso que nunca hace más que presionarlo. Solo cuando se ve desbordado por esa presión, acepta la propuesta para encontrarse en el sótano del antiguo asilo con un grupo selecto de alumnos y exalumnos: los Scarlets. Una vez que los conozca, su vida cambiará para siempre... y el precio que deberá pagar por unirse a ellos será mucho más alto de lo que imagina.

Con giros inesperados y escenas estremecedoras, Scarlets es una historia increíble, sobre uno de los personajes que Dan y sus amigos conocerán en Sanctum, que puede ser leída por aquellos que aún no se adentraron en el mundo de Asylum y que, para los fans de la saga, será una pieza más del gran rompecabezas creado por Madeleine Roux.



Madeleine Roux

Scarlets

Asylum-1.5

ePub r1.0

Titivillus 22.07.2017

Título original: *The Scarlets*

Madeleine Roux, 2014

Traducción: María Nazareth Ferreira Alves

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



¿Por qué ser un hombre cuando se puede ser un éxito?
BERTOLT BRECHT

Siempre hay dos muertes: la verdadera y la que la gente conoce.
JEAN RHYS, *Ancho mar de los Sargazos*

PRÓLOGO

Las cosas que queremos son tales únicamente porque no podemos tenerlas. Yo mismo deseo un legado que se extienda más allá de mi propia y pequeña vida, quizás hasta la inmortalidad. Cuando lo logre (si lo logro) seguramente dejará de ser el centro de mi anhelo. Ansío y temo saber qué querré entonces. Será algo más grande, sí, y en consecuencia me consumirá mucho más.

Fragmento del diario del director Crawford, primavera de 1953

CAPÍTULO

1

Cuando Cal despertó, el aula se hallaba vacía. La profesora no estaba. Los otros estudiantes tampoco. Su mejilla se pegó brevemente al pupitre cuando intentó levantar la cabeza de golpe. Tenía un sabor amargo en la boca y el mundo daba vueltas. Todo estaba torcido y borroso.

—Está ahí dentro.

Esa era la voz de su profesora.

La profesora Reyes. Dios, esa mujer era horrible. Cal no la soportaba. Ese estúpido espacio entre sus dientes. La forma en que ponía los ojos en blanco cuando hacía una pregunta y nadie levantaba la mano para responder. *Quizá debería hacer mejores preguntas, señora.*

Sentía que el cerebro le iba a estallar y el sabor agrio de su boca le estaba revolviendo el estómago. Volvió a apoyar la cabeza sobre el pupitre. No era exactamente cómodo, pero era mejor que tener los ojos abiertos y sentir que la luz le perforaba la frente.

—Es la tercera vez, Roger —decía la profesora Reyes—. Tres veces. Es inaceptable.

—Entiendo, Carie. Gracias por acudir a mí.

—Por supuesto —Cal podía imaginaria poniendo en blanco esos ojos pequeños y brillantes—. Pero la próxima vez...

—Oh, yo no me preocuparía —Roger, su querido papá, rio irónicamente—. No habrá una próxima vez.

La profesora cerró la puerta lentamente, pero con un golpe fuerte al final, como si quisiera decir que los dejaba solos pero que no estaba feliz al respecto. Cal tampoco estaba feliz...

Una nueva sensación le produjo un nudo en el estómago, tan fuerte que casi lo hizo vomitar. Pero eso podía deberse a la media caja de cerveza que se había tomado la noche anterior. Lo que había hecho que se desmayara en clase, en primer lugar.

—¿Esto quiere decir que puedo regresar a Greenport? —Cal levantó nuevamente la cabeza. Esta vez, al hacerlo, esparció un pequeño charco de baba por el pupitre—. Por favor, dime que puedo regresar a Greenport.

—Creí que odiabas Greenport. No podías esperar para marcharte de allí —Roger (siempre era Roger, nunca papá o pá), se acomodó la barriga que le sobresalía por encima del cinturón, antes de sentarse en un escritorio frente a Cal. El pupitre crujió en señal de protesta por la carga.

—Sí, bueno, Greenport es una porquería. Pero este lugar es mucho peor.

Mirar a su padre era como contemplar un espejo mágico que le mostraba su propio futuro si no dejaba la cerveza barata y la *pizza* del comedor.

Roger tenía un exiguo penacho de cabello castaño rojizo en la cabeza, unos pocos

mechones desesperados que peinaba y llenaba de gel para disculparse por su calva pecosa. En las mejillas también tenía pecas, que se veían más oscuras a través de su bronceado perpetuo. Había sido apuesto alguna vez, un hecho que su madre remarcaba constantemente, hasta que dejaba de ser un comentario cariñoso para volverse realmente deprimente.

Tu padre era tan apuesto, Cal. Un joven tan apuesto...

Cal frunció el ceño y desvió la mirada hacia el suelo. Su madre podía ser tan ilusa. Todavía insistía en decir esa estupidez, aun después del divorcio, como si quizá solo con desearlo pudiera volver atrás en el tiempo. Francamente, Cal creía que tenía suerte de haberse librado de él.

—*Ebrio*, Cal. ¿Ebrio en clase? ¿Tres veces? —Roger negó con la cabeza, haciendo que sus mejillas caídas se movieran y lo hicieran ver como una morsa. Gracias a Dios, Caroline acudió a mí—. Te estás haciendo mala fama, hijo, una mala fama que no podré atenuar ni mejorar por mucho tiempo más.

—Oh, pobrecito.

—Siéntate derecho.

Y Cal lo obedeció.

A veces, ocasionalmente, obedecía a ese tono de voz especial que tenía Roger. Era el mismo tono que Cal solía escuchar antes de que lo pusieran sobre las rodillas de su padre, cuando era niño, para una nalgada.

—¿Sabes? Algunas personas dirían que esto es un pedido de ayuda.

Cal se encogió de hombros y movió el cuello para quitarse la contractura que tenía.

—Algunas personas son idiotas.

—No regresarás a Greenport —Roger cruzó los brazos sobre su pecho, endureció la mandíbula y lo miró con desagrado—. No irás a ninguna parte. Te quedarás aquí y tomarás clases particulares. Dejarás de beber y vas a detenerte con estos... estos... caprichos —se arregló la corbata y desvió la mirada hacia una de las ventanas altas y manchadas—. Creía que lo de ser gay ya era bastante malo, pero tu comportamiento solo ha empeorado desde que comenzaste a asistir a esta universidad.

—Cielos, Roger, gracias —*lo de ser gay*. Las intensas náuseas que sentía disminuyeron. Su padre solo estaba intentando sacarlo de quicio, hacerlo reaccionar, y Cal no iba a permitirselo. No podía permitirselo—. ¿Tomaste un curso sobre cómo ser un completo imbécil o es un talento innato?

Esperaba la ira, pero la bofetada... no la vio venir.

Lo golpeó fuerte, y Cal sintió cómo sus dientes le hacían un corte en el interior de la mejilla.

Su padre había sido apuesto alguna vez. Su padre había sido un atleta. Su padre seguramente también había sido humano alguna vez.

Bastardo.

—Tomarás clases particulares —repitió Roger, retorciéndose la mano—. Y dejarás de beber.

—¿Y si no lo hago?

Su padre se puso de pie y se acomodó nuevamente el cinturón, observándolo fijamente, con la mirada fría y vacía.

—No me gustan las contingencias, Cal. Clases particulares. Sobriedad. No volveremos a tener esta conversación.

CAPÍTULO

2

Las palabras se desdibujaban sobre la página. Sentía como si algo detrás de su ojo derecho estuviera roto, como si parte de su globo ocular se hubiese desprendido, dejando en su lugar un dolor cegador e incesante. Tamborileó con los dedos sobre el escritorio, intentando disimular que la mano le temblaba.

Menos de cuatro horas después de la discusión con Roger, allí estaba, tomando clases particulares. ¿Lo de la sobriedad? Bueno, hay un límite para lo que un chico puede enfrentar al mismo tiempo.

Había palabras frente a él, sobre el escritorio, y palabras resonando en sus oídos, pero por más que lo intentara, Cal no podía encontrarles sentido ni entender cómo podían guardar relación con él y su intensa resaca, que no había mejorado incluso después de todas las aspirinas que había tomado.

—¿Tienes cerveza?

Parpadeando y tragándose un bostezo, su profesora particular lo miró fijamente. Era linda, en cierto modo, de la forma en que solo una *nerd* callada y fanática de los libros podía ser linda. Tenía la piel tostada y el cabello castaño con rizos sin forma. Sus ojos verdes azulados eran lo más convencionalmente atractivo de ella.

Esos ojos verdes azulados todavía estaban mirándolo fijamente. Claro. *Fallon*. Ese era su nombre.

—Sabes que beber en realidad no va a curarte la resaca, ¿no? —preguntó Fallon, rascándose la mejilla con la goma de borrar de su lápiz.

—No lo sé y no me importa —Cal se estiró y entonces lo pensó mejor. Estar encorvado sobre el escritorio parecía ser la única postura que no empeoraba su dolor de cabeza—. Solo sé que quiero una cerveza ahora mismo, una bien helada, y que quiero saber lo mínimo indispensable para escribir este ensayo sobre *Ancho mar de los Regazos*.

—Sargazos.

—Lo que sea. Este libro es básicamente un *fan fiction* de otro más famoso. ¿Por qué nos toman examen de esta basura?

—Definitivamente no pongas eso en el ensayo —murmuró Fallon, fastidiada. Pero se puso de pie y caminó pesadamente hasta el mini refrigerador que estaba junto a su cama, se inclinó frente a él y revolvió hasta sacar una lata de *Bud Light*. Quizá no era tan *nerd* después de todo—. Toma.

Apoyó la lata con más fuerza de la necesaria sobre el escritorio, enfatizando esa única palabra malhumorada.

Cal soltó una risita ahogada y abrió la lata.

—¿Estás a dieta?

—Recuérdame cobrarte extra por esta clase. Disculpa, cobrarle a tu *papá*.

Entonces, no le gustaban las bromas. Obvio. Roger se habría asegurado de elegir una profesora particular que careciera totalmente de sentido del humor.

Igual que Roger.

—Por cierto, ¿cómo es él? —preguntó Fallon, tan bajito y de pasada que Cal no estaba seguro de haberla escuchado bien.

—¿Quién?

—Tu papá. Lo he visto un par de veces por el campus, pero me sorprendió cuando me llamó —Fallon estaba observando atentamente a Cal. Muy atentamente para su gusto—. No soy estudiante de Literatura y definitivamente nunca tomé clases de Psicología. Me da la impresión de que debe haber mejores profesores particulares para ti en el campus.

—Quizás eres la más barata —sugirió Cal.

—Claro, porque eso es una gran preocupación para tu familia —poniendo los ojos en blanco, lo observó jugar con la cerveza fría y pareció interpretar su silencio como disentimiento—. Creí que estaban forrados en dinero. Y es el decano. Escuché que aquí tiene a todos en el bolsillo: a los profesores, los empleados...

—¿Quién te dijo eso? —preguntó Cal, desplomándose en su silla y aparentando una despreocupación que no sentía. Tomó un trago de su cerveza para esconder que sus mejillas se habían ruborizado repentinamente.

Fallon se volvió para mirar por la ventana, y la luz que entraba hacía que sus ojos se vieran más pálidos y exóticos.

—Nadie me lo *dijo* —respondió—. Solo abro el periódico del campus de vez en cuando. Cada dos artículos aparece en uno, haciendo cosas a beneficio y recaudando fondos. ¿No está ayudando en la gran campaña de un político local?

—¿Qué eres, presidenta del club de fans de mi papá? —Cal bebió un sorbo de cerveza, pero no lo insensibilizó como esperaba—. Necesitas un pasatiempo nuevo, amiga.

Fallon cerró su libro y se apoyó sobre él, alternando la mirada entre Cal y la lata de cerveza.

—¿Cómo demonios terminaste aquí?

Tan rápido como había perdido el interés en la tarea, también lo había perdido en la cerveza. Se inclinó hacia atrás en la silla, jugando con el grueso y pesado anillo de graduación que tenía en su mano izquierda.

—¿Aquí, aquí? —preguntó, señalando su silla—. ¿O aquí, en esta universidad?

—Escoge la opción que quieras.

—Stanford no me quiso. Princeton tampoco.

—No puedo imaginarme por qué —Cal creyó escucharla decir entre dientes. Luego, con más claridad, dijo—: ¿El dinero y la influencia de papi no te solucionaron todo eso?

Quiero decir, podrías ser el mandamás del campus, y realmente no parece que lo seas.

Auch. Cal la miró fijamente hasta que ella desvió la mirada con culpa. ¿Qué le pasaba a esta chica?

—Bueno, para responder tu pregunta, estoy atrapado aquí, en esta universidad y en esta silla, porque mi querido padre es el decano, como parece tan feliz de recordarme —respondió Cal con una cara de desprecio fulminante—. Solo usa su dinero e influencias para ayudarse a sí mismo, pero como soy su hijo, estoy sujeto a mayores exigencias.

—¿Estás bromeando? Escuché lo que sucedió en la clase de la profesora Reyes. Cualquiera otro estudiante hubiera quedado a prueba o hubiera sido expulsado. Yo diría que unas clases particulares obligatorias son un castigo bastante indulgente —dijo Fallon, y agregó en voz baja—: Y tú eres muy afortunado.

¿Qué se suponía que debía responder a eso? ¿No? ¿Qué no había nacido en cuna de oro? Empujó la silla hacia atrás, alejándose del escritorio, se puso de pie y caminó hacia la ventana del dormitorio que daba al jardín. Fallon había logrado conseguir una habitación individual en la residencia Jeffreys que, para una alumna de segundo año, era casi tan probable como ser alcanzada por un cometa y por un rayo el mismo día. Cal hizo a un lado la cortina barata de *Ikea* y entrecerró los ojos ante la intensa luz del sol que inundó la habitación, para poder ver a los estudiantes que circulaban por el campus.

Devon Kurtwilder y sus amigos estaban participando de un partido improvisado de *lacrosse* en el césped que estaba frente a la residencia de Cal, Brookline. La escena podría haber sido sacada de un catálogo de *Abercrombie & Fitch*, incluyendo abdominales esculpidos y cabello alborotado.

Si solo pudiera lograr que Devon fuese su profesor particular en lugar de Fallon...

Cal también vio a sus amigos Micah y Lara sentados bajo un árbol cerca del partido de *lacrosse*. Uno de los amigos de Devon le pasó la pelota bruscamente a su compañero de equipo, pero el tiro siguió de largo y casi golpea a Lara en su brillante y oscura cabeza. Micah se puso de pie al instante, prácticamente golpeándose el pecho al estilo Tarzán frente a los jugadores. Por un momento. Cal creyó que la discusión a los gritos iba a convertirse en una pelea a los golpes. Pero entonces vio que su padre se acercaba con pasos largos por el camino de concreto que dividía el jardín. Roger se desvió hacia el césped y se interpuso entre Micah y los jugadores, diciéndole algo a Micah y agitando una carpeta de papel manila. Incluso después de que los jugadores retrocedieran y reanudaran su juego, Roger siguió agitando la carpeta y gritándoles a sus amigos. Lo que fuera que les estuviera diciendo, hizo que Lara recogiera sus cosas y se marchara apurada.

Cal esperaba que eso no significara nada serio para Micah. Lo último que necesitaba era meterse en problemas. Su compañero de dormitorio había tenido una vida difícil antes de llegar a la universidad, pero ahora trabajaba muy duro para ser un estudiante ejemplar. De hecho, Micah se había convertido en la clase de ciudadano modelo en la universidad, lo que Cal nunca había podido ser. Solo se necesitó un poco de ayuda de Roger y una

reunión con los encargados de Ingresos para ocultar los antecedentes de Micah bajo la alfombra, y lograr que entrara a la universidad. Al menos, según Micah. A Cal le parecía una fantasía. No conocía a ese Roger.

Si eso era cierto, probablemente era lo más amable que su padre había hecho por alguien.

Cal se alejó de la ventana con un resoplido. Mucho más que un vidrio lo separaba de Micah y su padre.

—¿*Et tu*^[1], Micah? —dijo en voz alta.

—¿Podemos seguir con la novela, por favor? —preguntó Fallon enojada, volviéndose en su silla. Hizo un rodete con sus rizos y la liga para el cabello produjo un ruido tan fuerte que Cal tuvo un gesto de dolor—. ¿O también me toca ser tu psicóloga?

—Mis mejores amigos de aquí están saliendo juntos —dijo Cal, como si eso explicara todo. Todavía insistía en hacer esa distinción. Sus mejores amigos *de aquí*. No estaba seguro de por qué lo hacía. Sus amigos de Greenport ni siquiera pensaban en él. Estaban ocupados planeando sus brillantes futuros como senadores y gobernadores, en Yale, Harvard...—. No va a durar, de todas maneras. Lara se dará cuenta de que Micah en realidad es un santurrón aburrido y ese será el fin. Dice que ahora quiere un chico bueno, pero sé que son puras mentiras.

—¿Santurrón? —Fallon rio, con algo de amargura, y levantó la vista del libro—. Escuché que ese chico tiene antecedentes penales.

—Ay, por Dios, por *hurtar*. En la *secundaria*. ¡No es como si hubiera asesinado a alguien! —aunque, a decir verdad, el propio Cal había pensado que el pasado de Micah era intrigante cuando lo había conocido el año anterior. ¿Qué tan a menudo conocías a un encantador chico del sur que es sobresaliente y además tiene antecedentes?

—Lara siempre me cayó bien —dijo Fallon en voz baja y quizás un poco desilusionada—. Estaba en mi seminario de primer año. Recuerdo que todos los días traía a clase un termo gracioso con un oso.

—Sí, lleva esa cosa a todas partes.

Fallon parecía saber mucho sobre sus amigos, aunque Cal nunca la había visto con ellos. Pero, pensándolo bien, el campus de la Universidad de New Hampshire era diminuto. Cal probablemente sabía los nombres de pila de la mitad de los chicos de su año.

Pasó sus dedos por encima de los lomos de los libros de texto y las novelas que llenaban la abarrotada biblioteca de Fallon. Algunos cómics sobresalían al final. Cal soltó una risita y sacó uno.

—¿Chicos vestidos con *lycra* púrpura, eh? Buena elección.

—Te lo presto, si quieres —respondió Fallon, cerrando finalmente su libro con

resignación—. Aunque tu papá probablemente me mataría si supiera que estamos leyendo cómics. Se supone que tienes que estar estudiando.

—*El Fantasma* —leyó Cal en voz alta con una sonrisa de superioridad, ignorándola—. ¡El espíritu que camina! ¡Uuhh, qué miedo! El atuendo púrpura lo echa un poco a perder, ¿no te parece?

—En serio, llévatelo. Probablemente te guste. Es acerca de un niño mimado de una familia rica que acepta su derecho de nacimiento de luchar contra el crimen en la selva. Quizá sea la solución mágica que te enseñe un poco de lo que el resto de los mortales llamamos *responsabilidad*.

—Oh, sé todo sobre la responsabilidad. Mi papá ha intentado hacerme más responsable toda mi vida. Lamentablemente para él, no tiene verdadero poder sobre mí — Cal hojeó algunas de las páginas de *El Fantasma*—. De todas formas, no estoy seguro de que deba seguir el ejemplo de un hombre vestido con mallas púrpuras.

—Dije que te gustaría, no que fuera realista —Fallon se acercó adonde estaba Cal, junto a la biblioteca. Llevaba puestos unos *jeans* que no eran de su talla y una camiseta gris simple, con un dibujo de una especie de cabeza de lobo. Su pulsera de cota de malla parecía sacada directamente de un cursi festival renacentista. Fallon parecía la clase de chica que realmente asistiría a ese tipo de eventos—. Pero es cierto, tienes mejores cosas en qué pensar.

—No, está bien. Creo que me lo llevaré —dijo Cal.

Fallon se encogió de hombros, pero Cal la vio esbozar una pequeña sonrisa detrás de su aparente indiferencia.

—Entonces, ¿qué más tienes que hacer para convencer a tu papá de que estás de vuelta en el buen camino?

—Bueno, a partir de mañana, tengo que clasificar basura en el sótano de Brookline —respondió Cal con un quejido. Su humor estaba mejorando hasta que pensó en eso—. Quizá pueda convencer a la profesora Reyes de que con mi delicada constitución no puedo tolerar el polvo —dijo, tomando su mochila—. De todas formas, gracias por el cómic.

—No hay problema. Y, ¿Cal?

Se detuvo camino a la puerta, girando ligeramente la cabeza para mirarla.

—Yo, eh, sé hacer un par de cosas con la computadora. Si tu papá no te deja en paz, podría intentar meterme en sus correos electrónicos. Quizás haya algo allí que puedas usar en *su* contra para variar.

Cal rio entre dientes, pero dejó de hacerlo rápidamente cuando se dio cuenta de que Fallon no estaba bromeando. Lo que le estaba proponiendo no era una mala idea, pero todavía no había alcanzado ese nivel de desesperación.

—Gracias. Lo tendré en cuenta. Pero no puedo pagarte tanto como mi papá. En

realidad, no puedo pagarte nada.

—Por favor. Seré honesta contigo: tu padre parece bastante idiota —dijo Fallon, yendo a sentarse frente al escritorio. Levantó una pequeña memoria USB y comenzó a darle vueltas en su mano—. Y, aunque no lo creas, sé lo que es tener padres que te atormentan. Podría hacerlo como un favor. No nos convierte en mejores amigos ni nada.

—No, claro.

Cal se detuvo antes de salir y metió el cómic en su mochila, guiñando el ojo rápidamente.

—Gracias por la oferta. Me dará algo en qué pensar cuando termine este ensayo acerca de la respuesta postcolonial y postmoderna de Rhys a *Jane Eyre*.

Antes de que la puerta se cerrara completamente, pudo disfrutar por un momento de la expresión desconcertada de Fallon.

—¿Qué? Tengo oídos. Algunas cosas *sí* me entran.

Fallon sonrió y se puso un bolígrafo detrás de la oreja.

—Nunca lo hubiese creído.

CAPÍTULO

3

Sótano de Brookline. 7 en punto. La prof. Reyes te abrirá.

Cal frunció el ceño mirando su teléfono y el irritante mensaje de texto que brillaba en la pantalla. Esto no era información nueva. Roger le había enviado las instrucciones por correo electrónico esa mañana. ¿Realmente pensaba que era necesario controlar hasta su más mínimo movimiento?

Cal comenzó a tipear:

Deja de preocuparte tanto por mí, no puedes darte el lujo de perder más cabello...

Pero cambió de opinión y arrojó el teléfono sobre la cama. Compartía con Micah una habitación doble en Brookline, que era casi tan horrible como para hacer que quisiera unirse a una fraternidad, aunque solo fuera para tener un cuarto mejor. Habían terminado allí después de decidir ser compañeros de habitación a último momento el año anterior, pero lo irónico era que Micah casi nunca estaba en el dormitorio, ahora que él y Lara se habían vuelto inseparables. Así era siempre, Micah y Lara estaban bien por un par de semanas y Micah desaparecía. Entonces, ella rompía con él por unos días, o él rompía con ella, y Micah se ponía melancólico y se quedaba frente a su escritorio, escuchando canciones *country* para llorar, hasta hacer que Cal quisiera irse de la habitación, literalmente, a cualquier otro sitio.

Se quedó mirando la cama de Micah, que estaba hecha y vacía. Ustedes son tóxicos el uno para el otro. Apresúrense y entiéndanlo de una vez.

La privacidad es agradable, pensó, y se volvió nuevamente hacia su computadora y el documento que estaba abierto en la pantalla. Había logrado escribir su nombre y «Título a determinar», y luego un extensísimo subtítulo que planeaba convertir en un ensayo en cualquier momento: «El descenso hacia la locura y las promesas culturales sin cumplir: la verdadera causa de la deteriorada salud mental de Antoinette en Ancho mar de los Sargazos de Rhys».

No estaba nada mal, en realidad, pero eso era lo *único* que tenía. Un subtítulo estupendo no iba a evitar que reprobara y tuviera que abandonar la universidad. Soltó una grosería y guardó el documento. Entonces dejó que su malhumor lo impulsara como un misil hasta el mini refrigerador. Estaba lleno de cervezas, como siempre, pero inclinarse allí y examinar detenidamente las brillantes latas no le había provocado la misma expectativa de siempre. Sabía que si bebía en ese momento, solo sería para, secretamente, mandar al demonio a su padre.

En lugar de eso, cerró la puerta de un golpe y fue a abrir la ventana. Quizás el aire lo ayudara a despertar su veta erudita.

Las viejas ventanas de Brookline no se habían cambiado desde la década de los sesenta, cuando el edificio era un manicomio. La universidad cerraba y reabría la residencia constantemente, prometiendo reformas que nunca parecían materializarse. El

lugar parecía una tumba. La ventana lanzó un chirrido cuando Cal la abrió a la fuerza, y una bocanada de aire húmedo entró en la habitación. Los miembros del equipo de *lacrosse* estaban otra vez en el jardín, o nunca se habían ido, y sus risas le llegaban como música lejana.

—¡Oye! ¡Kurtwilder! ¡Aquí, compañero, estoy libre! ¡Pásamela!

Cal oía las palabras como si proviniesen de un sueño. Sentía que solo estaba presente a medias, como si estuviera viendo las cosas que sucedían allí abajo desde un lugar que ni siquiera era parte del mundo, y la escena frente a él fuera visible pero no tangible. Se imaginó diciéndole estas cosas a Micah o a Lara, y escuchando lo estúpidas que sonaban. Sus amigos probablemente correrían a buscar a uno de los consejeros de la universidad, que le diría que estaba deprimido. *Ten, toma esta medicación.*

Quizás eso lo ayudaría, razonó, inclinándose más hacia la ventana abierta. Se preguntó si unas pastillas harían que esa barrera invisible entre él y el mundo se hiciera más delgada o más gruesa. No sabía cuál de las dos opciones lo asustaba más.

De pie allí, prácticamente podía escuchar el cursor parpadeando en la pantalla. Esperando. Contando los segundos que estaba perdiendo pensando en nada. Podía simplemente abandonar la universidad. Esa sería una forma de lidiar con todo eso. Tal vez debería llamar a su madre, escuchar su opinión. Ella tenía la bondad que a Roger le faltaba. Pero tampoco era exactamente el mejor modelo a seguir, ya que gran parte de esa bondad provenía del cóctel de pastillas y vodka que tomaba cada noche.

Cal miró su reloj. Seis y media.

Media hora. Ciertamente podía atarse a la silla y ser aplicado por media hora. Cruzó la habitación desde la ventana hasta su cama, donde se encontraba el libro para su ensayo, abierto y boca abajo, con pequeñas notas adhesivas que indicaban fragmentos que Fallon había resaltado para él. Se dejó caer sobre la cama y agarró el libro; rodó hasta quedar boca arriba y apoyó una rodilla sobre la otra.

—Siempre hay dos muertes —leyó—, la verdadera y la que la gente conoce.

Finalmente estaba enganchándose con la historia cuando su teléfono vibró junto a su cabeza, haciendo que se sobresaltara y dejara caer el libro sobre su rostro. Protestando, se lo quitó de encima con los codos y tomó el celular.

7 en punto, Cal. Hablo en serio.

—Cielos, Roger, ya entendí.

Es como si pudiera presentir que estoy procrastinando a la distancia. El superpoder más patético del mundo.

Refunfuñando, se metió el teléfono en el bolsillo y buscó su mochila y sus zapatos, un par de náuticos gastados que su primer novio le había regalado en secundaria. Bien, técnicamente Cal se había *robado* los zapatos, cariñosamente, y a Jules le había dado pena pedirle que se los devolviera. Cal los usaba hasta que se les hacían agujeros y entonces

encontraba a alguien que se los reparase.

Los pasillos de Brookline estaban vacíos. No eran un sitio muy popular para pasar el rato por las tardes. La mayoría de los chicos que conocía iban a la biblioteca o al gimnasio después de cenar, a veces a ensayos o grupos de estudio. Incluso a plena luz del día y durante las horas más agitadas de actividad, la residencia nunca resultaba feliz. Atestada, tal vez, pero no alegre.

Era lógico. Había toda clase de rumores escalofriantes acerca de lo que sucedía en los malos tiempos de Brookline, cuando aún era un asilo y no solo otro elemento histórico en un campus repleto de elementos históricos. Hasta donde él sabía, la mayoría eran solo cuentos de campamento, historias que se contaban cerca de Halloween para asustar a los de primer año y a los *prospies*, potenciales estudiantes que estaban de visita. No podía imaginar qué podía haber en realidad en el sótano cerrado. Seguramente, a esa altura todas las antigüedades y archivos importantes habrían sido protegidos y guardados en algún lugar, ¿verdad?

Cal comenzó a silbar mientras bajaba la escalera dando saltos, decidido a no pasar la noche de malhumor. Se suponía que esto era un castigo, pero lo soportaría como un campeón. Demonios, si se esforzaba lo suficiente, podía llegar a disfrutarlo. Tal vez podría desenterrar una historia genial o dos para que Lara las usara en uno de sus proyectos de arte. Gran parte de su trabajo trataba acerca de descubrir historias olvidadas.

Llegó a la planta baja y siguió adelante, tomando el camino hacia la entrada oscura a la que nunca había prestado atención. Escuchó voces que provenían del vestíbulo: pasó junto a una vitrina que tenía recortes de periódicos descoloridos, y entonces giró rápidamente a la derecha y se detuvo de golpe, justo antes de tropezar contra la espalda de alguien.

—Ah. Llegó el quinto integrante de nuestro grupo.

La profesora Reyes asomó la cabeza desde atrás de la barrera humana que estaba justo frente a Cal.

Entonces Barrera Humana se volvió, y Cal se quedó helado, retorciendo los dedos de los pies nerviosamente dentro de sus náuticos. Era Devon. Devon Kurtwilder, dios mágico del *lacrosse*, que seguía sudado después del partido en el jardín.

—Bien, estamos todos, entonces —continuó la profesora Reyes. Estaba vestida toda de negro y medio envuelta en un chal brillante con cuentas. Cerca de una docena de colgantes vulgares adornaban su cuello—. Bajemos y explicaré las reglas en el camino.

—¿Las reglas? —repitió Cal. No reconoció a las otras dos estudiantes, pero parecían mayores, tal vez de tercer o cuarto año. Su papá había repetido hasta el cansancio que este era un «afortunado grupo de estudiantes», cuidadosamente seleccionados por la profesora para hurgar en el sótano y catalogar todas las cosas viejas que estaban allí. Lo había llamado un Comité Exploratorio, que sonaba demasiado oficial e inteligente como para que Cal estuviese involucrado en carácter real. Así que entonces era el acompañante no deseado. Genial.

Devon lo ignoró, mordiendo goma de mascar y volviéndose nuevamente hacia la profesora. Su camiseta olía a hierba cortada y sudor.

La profesora Reyes metió la mano en uno de los múltiples bolsillos de crochet de su túnica y sacó un llavero gigante que no hubiera estado fuera de lugar en *Hogwarts*. Los observó a todos con sus ojos oscuros, pequeños y brillantes, y asintió con la cabeza solemnemente.

—Existen reglas para poder bajar, Cal. Reglas para el sótano. Reglas para Brookline. Hay más que polvo y recuerdos allí abajo: hay instrumentos, oxidados pero peligrosos. Así que tenemos reglas, y si las sigues, todo marchará sobre ruedas.

CAPÍTULO

4

Cal detestaba el sótano.

—¿Cada cuánto vienen aquí? —susurró. Parecía importante susurrar, como si las sombras que acechaban más allá del alcance de la linterna de la profesora pudieran propagarse y cobrar vida.

—Es un proceso delicado, comenzar a catalogar y ordenar los contenidos de Brookline —explicó la profesora Reyes desde más adelante. Las estrechas paredes los oprimían hasta que llegaron a la segunda puerta; tenía una ventana de vidrio que daba a un área de recepción. La profesora usó las llaves para abrir esa puerta también—. Solo me siento cómoda trayendo a un puñado de estudiantes calificados aquí.

A Cal no se le escapó ni le agradó el ligero énfasis que puso en la palabra *calificados*. Sonó como si estuviera oliendo algo desagradable al decirlo.

—¿De dónde sacó al novato de primer año? —preguntó Devon Kurtwilder. Estaba justo delante de Cal, quien casi tropezó con él nuevamente, mientras todos esperaban a que la profesora abriese la puerta de la recepción para entrar.

—Segundo año —lo corrigió Cal, irritado.

Adiós a intentar sacar lo mejor de esta noche.

—El señor Erickson es... un caso especial. Por el momento puede simplemente observar y aprender algunas de las técnicas de preservación que utilizamos —explicó la profesora Reyes—. Una mente entusiasta siempre es bienvenida.

—Pff. *Erickson* —Devon se volvió, y lo fulminó con sus ojos verdes oscuros—. Ahora lo entiendo.

Cal ni siquiera se tomó la molestia de defenderse. Se le cerró la garganta; por el polvo, pensó, no por la humillación. La puerta se abrió con un repentino chirrido frío y Cal se sobresaltó. La profesora Reyes la sostuvo abierta para que pasaran las dos chicas y Devon, pero detuvo a Cal, tomándolo por el codo de su camisa a cuadros.

—Tendrás que disculpar a Devon —dijo susurrando, pero sus ojos y su tono de voz nunca se suavizaron—. Él, María y Colleen han tenido que cumplir numerosos requisitos rigurosos para poder venir aquí y trabajar directamente en la preservación. Puedes entender que estén un tanto... susceptibles.

—Lo entiendo —dijo Cal, recuperando su brazo—. Y no puedo culparlos. Escúcheme, si cree que les levantará el ánimo, con mucho gusto subo volando la escalera y...

—Buen intento. Pongámonos en marcha; estamos perdiendo tiempo.

Los demás estudiantes los esperaban en la recepción, las luces de sus linternas iluminaban las superficies polvorientas de escritorios, mesitas auxiliares y sillas abandonadas. Parecía como si un volcán hubiese hecho erupción, dejando todo cubierto por una espesa capa de polvo gris. A Cal le picaba la nariz y le ardían los ojos por el aire viciado.

—María y Colleen generalmente trabajan juntas, así que puedes acompañar a Devon en la habitación 3.

Habitación 3. Eso sonaba bastante simple. Cal le lanzó una sonrisa rápida a su nuevo compañero, pero Devon ya se había vuelto hacia el pasillo que salía de la recepción. Se apresuró a seguirlo, repentinamente asustado de quedarse sin la luz.

—Y, ¿Devon? —la voz burlona de la profesora resonó por el pasillo hacia ellos—. Sé amable con él, y recuérdale las reglas.

La habitación 3 era pequeña, apenas un poco más grande que una celda, y tenía una lámpara de techo de metal, cuyo foco había explotado hacía tiempo. La única ventana alta estaba tan mugrienta que no parecía posible que la luz pudiera entrar, ni siquiera durante el día. Había rejas que pintaban rayas sobre el vidrio, y la tierra de arriba se había erosionado, goteando contra la ventana y acumulándose allí en montículos irregulares. Era imposible olvidar que estaban en un sótano; Cal podía sentir el frío subterráneo que se colaba por las suelas gastadas de sus zapatos, enfriándolo por completo.

—Entonces —dijo Devon distraídamente, poniéndose de rodillas junto a un catre viejo y oxidado—. Las reglas...

—Lamento que te tocara el acompañante no deseado —respondió Cal. Dejó que sus ojos recorrieran las sucias paredes y el suelo, y luego volvieron a posarse sobre los hombros encorvados de Devon.

El otro estudiante estaba hurgando dentro de un bolso y sacó un cuaderno, una cámara y un par de bolígrafos, así como un par de guantes blancos de fieltro.

—Solo no toques nada, ¿está bien? Esa es la regla número uno para ti.

Devon tenía un marcado acento neoyorkino, aunque haber pasado tiempo lejos de casa lo había suavizado un poco. Cal no dijo nada mientras lo observaba garabatear algo en su bloc de notas tamaño oficio. Entonces, Devon tomó la linterna y se puso de pie, volviéndose a tiempo para revelar a la profesora Reyes que estaba justo afuera de la puerta y que se puso de rodillas para instalar una lámpara que funcionaba a batería sobre unos soportes amarillos de plástico. Se parecía a algo que usarían obreros en una construcción para trabajar de noche.

La lámpara se encendió y Cal levantó los brazos para proteger sus ojos del fuerte resplandor.

—Que se diviertan —dijo la profesora, mirando fijamente a Cal, antes de desaparecer nuevamente.

Que se diviertan. Como si algo pudiera ser divertido en esta habitación.

—Me hablaba a mí —dijo Devon. Se había acercado al catre y había retirado cuidadosamente con sus dedos enguantados la manta podrida que lo cubría—. Por el momento, tú solo estás aquí para observar.

—Gracias, como que me di cuenta de eso —se cruzó de brazos, y absorbió la mirada fulminante que el otro chico le lanzó por encima del hombro.

—Ah, genial. Un sabelotodo sarcástico. ¿Puedes al menos tomar notas?

—¿Qué quieres que escriba? —preguntó Cal, sacando su propio cuaderno y bolígrafo.

19:05, anotó. Atrapado en una celda fría y húmeda con un imbécil sexy. Al diablo con mi vida.

—Te avisaré cuando encuentre algo —murmuró Devon, y luego se quedó en silencio, absorto en su trabajo. A Cal le gustaba mucho más así. Alto, rubio, con esos ojos verdes oscuros y la mandíbula alargada... Aunque no importaba. Era obvio que él no era siquiera un puntito en el borde del radar de Devon. Por segunda vez en esa noche. Cal sintió que la barrera invisible se levantaba; siempre estaba del lado de afuera, mirando hacia adentro, solo observando. Solo era un observador.

Bueno, al diablo con eso.

Cal se volvió hacia su derecha, alejándose de Devon y su cuidadosa inspección del catre. La luz de la lámpara de trabajo no hacía que la habitación resultara menos perturbadora. De hecho, decoloraba las cosas, haciendo que las paredes oscuras se vieran grises, como una fotografía desvaída. ¿Cómo era que esto se consideraba Psicología y no Arqueología? ¿Qué esperaban descubrir? Había una pequeña mesa apoyada contra la pared opuesta al catre, pero no había nada sobre ella. Esta habitación estaba vacía, ¿acaso no podían verlo?

Entonces Cal notó algo que la lámpara de trabajo había iluminado. Se aseguró de que Devon no estuviera mirándolo y se acercó a la pared. Lo que le había llamado la atención estaba detrás de la mesita. Tuvo que inclinarse y entrecerrar los ojos para verlo, detrás de una pata alta y delgada.

Había algo escrito, dos líneas apretadas de texto irregular, grabadas en el concreto.

Fantasmas, fantasmas en las sombras, fantasmas en la luz, y ahora yo también me he convertido en uno.

Cal se quedó mirando la frase fijamente por un buen rato, casi sin darse cuenta de que su mano había llevado el bolígrafo al bloc de notas y había comenzado a copiar las palabras. El bolígrafo se movía sobre el papel casi por voluntad propia. Entonces, repentinamente, sintió un aliento frío contra su oreja izquierda y luego, igual de rápido, sintió la ausencia de frío y de calor, de cualquier tipo de temperatura, como si el aire que lo rodeaba hubiera sido aspirado.

Sintió algo. Ahí. Justo ahí, junto a su oreja y un poco hacia atrás... como si hubiera alguien inclinado sobre su hombro, observándolo escribir. Le tembló la mano y echó a perder la última palabra, *uno*, la *o* final se fue desvaneciendo como si la propia letra se hubiese desmoronado en un grito ahogado.

—¿Hola?

Cal se quedó paralizado. Era la voz de un niño pequeño, suave y curiosa. Estiró el cuello hacia la izquierda, y por un instante pudo atisbar el rostro del niño, flotando junto a él. Era pequeño, nueve o diez años, y su cara era amable, pero algo le pasaba a su cabeza. Estaba abultada, deforme, como si hubiese sufrido un accidente.

—¿Estás aquí para ayudar? ¿O también eres como ellos?

Cal se alejó del rostro, de la voz. Ahora, no solo su mano estaba entumecida, sino todo su cuerpo. Se lanzó hacia la puerta, su espalda golpeó la pared. Tenía que alejarse. Pero en el instante en que se movió, el pequeño niño pálido desapareció, y el escaso calor de la habitación volvió. La luz brilló más fuerte, y Devon... Devon estaba mirándolo fijamente.

—¿Dijiste algo? —susurró Cal. El rostro... La *cosa*... Había desaparecido, ¿verdad? O nunca había estado allí, para empezar. Inspeccionó la habitación, pero no había nada fuera de lugar.

—¿Qué sucede? ¿Tocaste algo? —Devon se puso de pie, atacándolo—. ¡Te dije que no tocaras nada!

—¡No lo hice! —Cal se movió lentamente hacia la puerta, casi tropezando con la lámpara—. Escuché... ¿*De verdad* no dijiste nada? No está bien que me molestes así. ¡Este lugar es escalofriante!

—¡Profesora! —suspirando, Devon se puso las manos en la cintura y negó con la cabeza—. El novato está asustado. ¡Será mejor que lo saque de aquí antes de que tenga un colapso!

Eso estaba muy bien para él. Cal se dirigió hacia la puerta, y se lanzó al pasillo. Afuera no mejoró nada. No podía recordar lo que era respirar sin sentir un sabor agrio en el aire. Al menos ya podía sentir sus manos otra vez, y sus pies, aunque no podía quitarse la sensación de que ese pequeño niño estaba cerca, en alguna parte, observándolo. Observando cómo guardaba con dificultad su cuaderno y su bolígrafo. Observando cómo caminaba con dificultad por el pasillo hacia la profesora Reyes, que se acercó a él con el ceño fruncido.

—¿Se trata de uno de tus trucos para poder marcharte antes de terminar? —preguntó, acercándose demasiado para su gusto—. Estoy intentando ayudarte, Cal. Estoy intentando ser paciente y trabajar con tu padre...

—No es un truco —dijo él. ¿No veía lo pálido que estaba? Se *sentía* pálido—. Escuché algo. Vi a alguien.

La profesora relajó el ceño, lo tomó del brazo, suavemente, y lo guio de vuelta hacia la recepción.

—Te ves bastante alterado. Está bien, puedes irte antes por hoy. Toma un poco de aire, Cal. Estar aquí abajo puede ser una experiencia intensa. Solo necesito revisar tu mochila antes de que te marches.

—De acuerdo. Tómela —empujó la mochila hacia ella. *Lo que sea para salir de aquí*

lo más rápido posible.

La observó revolver el interior, inspeccionar su cuaderno abierto, hacer una pausa, y volver a guardarlo. Cerró la mochila y se la devolvió.

Por el pasillo, escuchó un alboroto mientras una puerta se abría de golpe. Se volvió y vio el débil resplandor de una linterna que se acercaba, rebotando por el pasillo. Era una de las chicas. Se deslizó hacia ellos, sin aliento, quitándose de los ojos un ligero mechón de pelo castaño.

—Profesora —dijo la chica, lanzando una mirada nerviosa a Cal, y luego nuevamente a Reyes—. En la oficina... Debería venir a ver.

Los ojos negros como un escarabajo de la profesora miraron a Cal, resplandeciendo en la semioscuridad del pasillo, y luego ella hizo un gesto con la mano indicándole que se marchara.

—Puedes irte. Respira. Ve a ver a tus amigos. Recomponte, porque te espero de vuelta aquí mañana por la noche.

Para cuando Cal dio el siguiente paso, la profesora ya estaba alejándose por el pasillo.

CAPÍTULO

5

Probó todo lo que se le ocurrió para intentar dormirse.

Micah no regresó a su habitación esa noche, entonces Cal dejó encendida la lámpara de su escritorio hasta mucho después de medianoche. No podía cerrar los ojos sin ver el rostro del niño flotando frente a él. Cuando se ponía de lado, le dolía la espalda: si se ponía boca arriba, le dolía el cuello... ¿Qué le sucedía? No creía en fantasmas, ni en apariciones ni en ninguna de esas tonterías. Pero había visto algo. Había *escuchado* algo. Si no creía eso, entonces no se creía a sí mismo.

Bajó de la cama y se dirigió al refrigerador, hurgando en su interior hasta encontrar una pequeña botellita de vodka en la parte de atrás. Se la bebió de un solo trago, escupiendo y secándose la boca, y luego arrojó la botella vacía dentro de una bolsa de comida china para llevar, que estaba cerca del fregadero. Reciclaje. Casi.

De vuelta en la cama, no sentía que su mente se hubiera despejado ni un poco. Cerró los ojos. *No*. El niño había regresado y lo observaba, no parecía amenazador, sino *curioso*. Y curioso, por alguna razón, era peor.

El pulso de Cal se negaba a serenarse. Recordaba esa sensación de la semana de exámenes finales el semestre anterior, cuando estaba bajo tanta presión y estrés que había dejado de dormir por completo. Se acostaba en la cama, se ponía la mano sobre el pecho y sentía que el corazón le latía a un ritmo descontrolado, incapaz de detenerse, incapaz de apagar su cerebro. Ahora se sentía así nuevamente, con esa aterradora sensación de no tener control de su cuerpo ni de su mente.

Se incorporó, y decidió utilizar su energía nerviosa para leer y tomar notas. Pero no podía concentrarse. Finalmente, se dio por vencido y sacó de su mochila el cómic de Fallon. Se quedó mirando fijamente las páginas hasta que su próximo recuerdo fue de estar soñando.

El niño pequeño estaba ahí, en sus sueños, una imagen borrosa blanca y azul que lo seguía.

—¿Estás aquí para ayudar? —preguntó el niño. Ahora estaban tomados de la mano y caminaban por el sendero de concreto del jardín que estaba fuera de Brookline. Cal podía verse a sí mismo sosteniendo la mano del niño, pero no sentía ninguna presión ni calor... ¿O también eres como ellos?

No podía responder. No tenía control de sí mismo en el sueño, y aunque lo hubiera tenido, no habría sabido qué decir. El niño señaló los edificios a su alrededor, los que rodeaban el jardín. Todos estaban en blanco y negro, hechos pedazos, derramando partículas, como si estuvieran disolviéndose lentamente. Estaban al revés, y los techos se diluían sobre la hierba descolorida.

—Siempre hay dos muertes —continuó el niño—, la verdadera y la que la gente conoce.

Cuando intentaba mirarlo, realmente observarlo, el niño siempre se volvía, a veces,

torciéndose de una forma poco natural, mostrando siempre solo la parte de sí mismo que Cal había visto en la habitación 3.

El resto de su cuerpo era un espacio vacío.

—Hay un... un hombre relacionado con los Bandar —dijo el niño, señalando a Cal—. No es un hombre en realidad, ¡más bien un fantasma! ¡Un espíritu! Un espíritu que camina, no puede morir, tiene cientos de años...

Cal se miró a sí mismo. Llevaba puesto un traje de *lycra* púrpura.

¿Qué demonios?

—Ella encontró algo —la voz del niño era aguda y hubiese sido dulcemente infantil, si no fuera porque tenía algo de vacía y triste—. Encontró la llave, lo encontró a él, y ahora nunca se marcharán. Nunca nos marcharemos, solo caeremos todos juntos.

El niño se detuvo y lo miró fijamente. Sus ojos eran agujeros negros que sangraban.

—¿Estás aquí para ayudar? ¿O también eres como ellos?

CAPÍTULO

6

—¿Cal? —todavía estaba soñando, tal vez. Algo duro le apretó el hombro, sacudiéndolo de un lado a otro—. ¡Cal! Cielos. Despierta, Cal. ¿Estás borracho de nuevo?

—No. Cállate —gruñó, colocándose boca arriba y quitándose a Micah de encima a los golpes—. Solo... No dormí bien. Estoy estresado. Roger está respirándome en la nuca otra vez.

—Recuérdame conseguirle una escalera —dijo Micah, riendo por lo bajo y dirigiéndose a su lado del dormitorio. Se desplomó sobre la silla que estaba junto a su escritorio y lo observó mientras intentaba incorporarse.

Cal se frotó los ojos hinchados y se estiró para alcanzar el vaso de agua que generalmente dejaba sobre la mesita de noche. Estaba vacío. Maldiciendo, volvió a apoyarlo con fuerza sobre la mesita.

—Puedes pedirle la escalera la próxima vez que tensan una de sus charlas de amigos —murmuró Cal.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Micah, inclinándose hacia delante en su silla. Se quitó los lentes y los limpió con el borde de su camiseta. ¿Era posible que estuviese intentado dejarse crecer una *barba de candado*? Eso debía ser cosa de Lara.

—Te vi con Roger en el jardín el otro día —dijo Cal. Se bajó con cuidado de la cama y llevó su vaso al fregadero, que estaba al otro lado del dormitorio, para llenarlo con agua del grifo—. ¿Hablaron de algo en particular? ¿Como de su hijo bueno para nada?

Micah rio, estentóreamente, poniéndose de nuevo los lentes. La barba de candado ciertamente lo hacía ver menos anodino, más como el chico malo, misterioso y desaliñado que Lara, sin duda, quería que fuese.

—Al contrario de lo que se suele creer, Cal, el mundo no gira a tu alrededor. Estábamos hablando sobre un programa que quiere que dirija. Cree que hay algunos chicos que se están metiendo en problemas fuera del campus, con los lugareños. Quiere que hable con ellos acerca de mi experiencia en el reformatorio.

—Qué raro que no me haya preguntado si quería asistir.

—Probablemente porque quiere ayudarte él mismo —respondió Micah. Cal podía escuchar la creciente exasperación en su voz—. Sabes que no soy un gran admirador de Roger pero, en el lugar de donde vengo, si la situación de tu papá le permite ayudarte, lo aceptas y dejas de quejarte al respecto.

Micah levantó las manos como si se rindiera.

—Como quieras, amigo. Solo creo que estás manejando mal las cosas. Deja que Roger te ayude. Ponlo de tu lado y te dejará en paz.

El teléfono de Cal vibró, sacudiéndose por el escritorio. Hizo una mueca de dolor y fue a buscarlo, sabiendo, aun antes de levantarlo, de quién era el mensaje.

—Hablando del Rey de Roma —murmuró.

—¿Roger?

—¿Quién más? —Cal se frotó las sienes y el tabique de la nariz; entonces recordó que eso era un tic de Roger y se detuvo.

—Sabes que estamos preocupados por ti, ¿no? —dijo Micah, pero Cal no lo estaba escuchando—. Lara y yo. Puedes hablar con nosotros si lo necesitas.

—Si —dijo Cal—. Sí, genial. Gracias.

Mi oficina. Ahora. Sé que no tienes clases hasta la tarde, así que, sin excusas.

—Probablemente te tome la palabra —agregó Cal distraídamente.

No lo haría, por supuesto, pero era lindo pensar que a alguien le importaba.

Cargó su mochila con los elementos necesarios para ese día y la transportó a través del campus. Primero iría a la oficina de Roger para reportarse; después tenía Econometría Básica, una clase a la que realmente deseaba asistir; el almuerzo; esa maldita clase de Literatura; Microeconomía Intermedia; y su clase particular con Fallon. Al menos, si se mantenía ocupado, evitaría pensar demasiado en la noche anterior.

Las oficinas de Roger estaban en el edificio más bonito del campus, *Middle College*, una mansión del siglo XIX, alta y estrecha, que se encontraba cerca del salón comedor Wilfurd. Alrededor de las puertas, que siempre estaban abiertas durante los días de buen tiempo, colgaban brillantes banderines académicos.

Las campanas de la capilla terminaron de repicar. Mientras Cal cruzaba el patio de piedra, casi trotando, un par de chicas de cuarto año pasaron junto a él, dejando atrás un intenso aroma a café.

La iluminación en el interior del edificio parecía como la de una cueva comparada con la luz pura y brillante del sol que bañaba el jardín. El piso superior tenía las paredes revestidas con paneles de madera y retratos de los anteriores decanos y presidentes, que conducían hacia la hilera de puertas de las oficinas. La de Roger era la tercera, y tenía una pequeña placa bien pulida. Algunas de las otras puertas estaban decoradas con *stickers* de la universidad o recortes de periódicos, pero la de su padre era apropiadamente austera.

Cal golpeó y sintió que se le retorció el estómago con nudos, que anticipaban lo que ocurriría.

—Adelante.

Respira hondo. Puedes hacer esto. Tomaste clases particulares, fuiste a ayuda a la profesora Reyes. Estás siguiéndole la corriente. Estás siguiéndole la corriente.

CAPÍTULO

7

Roger estaba sentado sobre el borde de su ancho escritorio de caoba. El pie le colgaba de una manera extraña, dejando entrever una pequeña franja de un calcetín de vestir rojo. Su traje era gris a rayas. Llevaba un pañuelo en el bolsillo. Debía tener reuniones elegantes programadas. Por un momento, simplemente se quedó examinando a Cal, apretando los labios y luego relajándolos otra vez.

—¿Estás deprimido?

Cal parpadeó.

—¿Qué? No lo sé. Probablemente. ¿No lo está todo el mundo?

Evidentemente esa no era la respuesta que Roger esperaba. Se inclinó hacia atrás sobre el escritorio y levantó una hoja de papel. Su oficina estaba tan desprovista de personalidad como su puerta: las paredes estaban vacías, excepto por un par de afiches de la universidad, toques de humanidad que probablemente habían sido añadidos por miembros del personal y no por él mismo.

—Aquí tengo un correo electrónico de la profesora Reyes —anunció su padre, agitando la hoja de papel, y Cal gimió en su interior—. Dijo que llegaste puntualmente anoche, bien, bien; y que después «te alteraste e insististe en marcharte antes». ¿Te importaría explicarme qué sucedió?

—¿Realmente te tomaste la molestia de imprimir eso? —preguntó Cal.

—Hoy no dejaré que me provoques. Simplemente, me rehúso a dejarme provocar —dejó el correo electrónico y entrelazó las manos relajadamente sobre su regazo—. ¿Qué quieres, Cal?

Esa no era una pregunta capciosa ni nada por el estilo.

—¿Qué quieres? —repitió Roger, entrecerrando los ojos—. Sé que no es hacerme feliz, eso es obvio. No sé si todavía estás comportándote mal en reacción al divorcio o por tu crisis de *identidad*, o simplemente porque careces de ambición y capacidad de concentración, pero vas a decirme lo que quieres. Piénsalo muy bien. ¿Qué quieres?

Cal cambió de posición, mirando fijamente sus zapatos náuticos. Prefería que le gritara o incluso que lo golpeará nuevamente. No sabía cómo manejar esta faceta de su padre.

—Yo... No sé lo que quiero, ¿está bien?

—Lo triste es que, sea lo que sea —dijo Roger, bajando un poco la voz—, podrías tenerlo. Tenemos los recursos. Yo tengo los recursos.

Roger se puso de pie, tomando el correo electrónico de la profesora Reyes y una gruesa pluma fuente de su escritorio. Le llevó estas cosas a Cal, sosteniéndolas pacientemente.

—Escríbelo, Cal. Escribe lo que quieres.

—¿Qué, ahora?

—Sí. Ahora.

Dios, esto era embarazoso. Cal tomó el papel y la pluma, dio vuelta el correo electrónico, pero antes alcanzó a ver, fugazmente, una frase aislada.

Si necesitas que tu hijo despierte, ya sabes qué hacer.

¿Acaso todos pensaban que era un caso perdido? Desde su punto de vista, su vida realmente no parecía tan mala, pero tal vez simplemente no se daba cuenta. No importaba, podía seguirle la corriente a Roger, que obviamente estaba chiflado si creía que simplemente podía, ¡puf!, hacer aparecer lo que Cal quería como por arte de magia. Era una idea estúpida, pero probablemente inofensiva. Esperaba que fuera inofensiva. Tragó con dificultad, estiró la palma de su mano e intentó escribir como si lo creyera, sorprendido por lo rápido que le salían las palabras.

Quiero recuperar a mis amigos. Quiero que Devon Kurtwilder se fije en mí. No quiero seguir siendo un inútil.

Se estremeció. Tal vez esto era una mala idea. ¿Realmente quería que Roger supiera algo sobre él?

Roger tomó la pluma y el papel y lo leyó, refunfuñando silenciosamente. Levantó la vista para mirarlo y por una vez no tenía el ceño fruncido.

—Esto me da esperanzas, Cal.

—Habla por ti.

Su padre rio con sequedad, dobló el papel y lo guardó en uno de los bolsillos interiores de su traje.

—¿Qué piensas de Fallon Brandt hasta ahora?

—¿Eh? —eso sí que era un cambio de tema—. ¿Mi profesora particular?

—Sí, Fallon. ¿Qué piensas de ella? —Roger volvió a sentarse sobre el escritorio, estudiando detenidamente a Cal.

Sé diplomático, sé diplomático, aunque tengas que convertirte en Micah.

—Es... agradable, supongo. Parece inteligente. Me cae bien.

¿Adónde iba esto?

—Es una chiquilla extraña, ¿no crees? No me gusta nada. Está constantemente intentando meterse en las redes protegidas de la universidad para husmear. Probablemente no sea nada, pero no podemos tomarnos estas cosas a la ligera —Roger se acomodó la corbata y luego la alisó meticulosamente con ambas manos—. Es una *hacker*. Es un problema. Está hurgando en los archivos de la universidad por diversión, y no me agrada.

Su tono se había vuelto glacial nuevamente.

Cal comenzó a responder y se detuvo varias veces.

—No lo entiendo. *Tú* me conectaste con ella. Creí que me estaba ayudando con mi ensayo de Literatura.

—Sí. Prefiero matar dos pájaros de un tiro, siempre que puedo —dijo Roger, sonriendo ligeramente—. Pero ahora tengo esto —agregó, dando una palmadita al bolsillo donde había guardado la lista de Cal—, lo que significa que seguiremos adelante con el plan original. Tú haces algo por mí y nosotros te conseguimos lo que quieres.

¿Nosotros?

Cal rio. Tenía que hacerlo: esto era absurdo. ¿Desde cuándo le interesaba en lo más mínimo a su padre darle a él lo que deseaba, en lugar de obligarlo simplemente a hacer lo que el propio Roger quería?

—A menos que tengas poderes secretos de control mental, eso será un poco difícil.

Roger sonrió y se inclinó por encima del escritorio para abrir un cajón que estaba del otro lado. Después de un momento, sacó algo pequeño y de vidrio; la superficie verdosa reflejaba la luz del sol que entraba a raudales por la ventana de la oficina.

—Estamos en una encrucijada —dijo Roger, haciéndole señas para que se acercara con una mirada inquietante. Cuando Cal observó a su padre, ya no vio tanto de sí mismo en él. No reconocía a este hombre—. Toma esto y escóndelo en la habitación de Fallon. Hazlo y todo será diferente. Mejor. Lo prometo.

Cal caminó sin pensarlo por la alfombra, vacilando. Vio el pequeño cilindro de vidrio que su padre tenía en la mano y sintió que el corazón se le iba a los pies. Era una pipa, y no de las de fumar tabaco. Si ponía eso en la habitación de Fallon, podía meterla en muchos problemas...

—Ya tiene dos antecedentes en su contra por manipular la seguridad de la universidad —continuó Roger, ofreciéndole la pipa. Cal la observó y sintió que su mano se contraía nerviosamente—. Una infracción más y ya no será un problema.

—¿Un *problema*? ¿Y así es como te encargas de los problemas? Roger, no quiero hacer que la expulsen —dijo Cal, sintiéndose repentinamente como un niño, ingenuo—. Parece agradable.

—Estoy seguro de que, en efecto, *parece* agradable. Estoy seguro de que parecía muy agradable cuando solicitó tu ayuda para meterse en mi computadora.

Cal se encogió por dentro y Roger sonrió con satisfacción.

—Justo como pensaba. Es un problema. Y lo último que necesitas son más problemas —Cal cerró la mano sobre la pipa, pero Roger no la soltó, tirando de ella para acercarlo hacia él—. Así que te pido, amablemente pero con *firmeza*, que te pases al otro lado. Si realmente quieres lo mejor para ti y para la señorita *Parece Agradable*, dirás que sí.

Roger soltó la pipa y Cal trastabilló dando un paso hacia atrás. Sus ojos se enfocaron brevemente en el bolsillo de su padre, donde estaba escondida su lista.

—¿Y si no lo hago? —susurró. Tenía los labios tan secos que le dolían.

—Hay otras personas que en este momento están del lado correcto, pero que podrían volver a estar en problemas rápidamente —su tono de voz no era glacial sino de acero y, cuando Cal lo miró a los ojos, sintió que su mirada lo perforaba—. Micah, por ejemplo.

Los dedos de Cal formaron un puño alrededor de la pipa.

—Pasó unas semanas en un reformatorio por hurto, ¿y qué? Ni siquiera tiene importancia. Nadie lo expulsaría por eso.

—¿Hurto? —Roger rio echando la cabeza hacia atrás—. ¿Eso es lo que te dijo? —su risa se fue apagando y volvió a observarlo con esa mirada penetrante—. Estás más alejado de la realidad de lo que yo creía.

Roger se detuvo ahí, pero Cal se negó a darle la satisfacción de pedirle una explicación.

—Está bien —dijo—. Entonces, lo haré a tu modo. Solo... No quiero que Fallon se meta en demasiados problemas.

Roger le hizo señas con la mano para que se marchara, volviéndose para tomar una taza de café de su escritorio. Estaba sonriendo nuevamente, como si nada hubiera pasado.

—Solo preocúpate por cumplir tu parte del trato —dijo su padre y le dio unas palmaditas a la lista que estaba en su bolsillo—, y deja que yo me preocupe por cumplir la mía.

CAPÍTULO

8

El barrigón de mi padre está en la mafia universitaria, pensó Cal, arrastrándose por el campus hacia la residencia de Fallon. Durante todo el día, la pipa había permanecido como un ancla en su bolsillo, un pesado recordatorio de lo que se suponía que debía hacer.

Claro que no conocía de verdad a Fallon, pero parecía bastante decente. Tal vez no era parte de su círculo social, pero eso no significaba que merecía que la expulsaran de la universidad. Él había asimilado algunas de las cosas que ella le había enseñado y además, le había prestado ese cómic.

Un cómic que había dejado en su residencia por accidente. *Maldición*. Tendría que encontrar la forma de hacérselo llegar y esperar que fuera antes de que uno de los consejeros encontrara la pipa en su habitación.

Pasó delante de las casas de las fraternidades y las hermandades femeninas que bordeaban la calle que llevaba al sector residencial. Vio que se encendían las luces en la casa de la fraternidad *Sig Tau*, una vieja monstruosidad victoriana con cuatro columnas blancas y una fachada de ladrillo color arena.

Devon probablemente estaba dentro jugando a la *Xbox* con sus hermanos de fraternidad, contando historias acerca del estudiante novato que se había asustado como un bebito en el sótano de Brookline.

Algo le rozó la muñeca. Miró hacia abajo, esperando ver un trozo perdido de tela de araña o la hoja de un arbusto, pero era ese maldito niño, sonriéndole.

El niño estaba tomado de su mano.

Cal lanzó un grito ahogado y alejó bruscamente su mano de absolutamente todo lo que había a su alrededor.

El pequeño niño fantasma había desaparecido, dejando atrás un suspiro helado sobre su piel. Dios, y tendría que volver a ese sótano en, echó un vistazo a su reloj, tres cortas horas.

Pero primero, Fallon.

Apuró el paso hacia la residencia Jeffreys. Utilizó la entrada más cercana y pasó rozando a un chico que estaba ignorando la regla de los tres metros y fumaba junto a la puerta.

Había elevadores en el vestíbulo principal, pero usó la escalera que estaba justo junto a la puerta en el interior del edificio. Sus pasos resonaron mientras subía los tres pisos y, a través de las paredes, podía escuchar música y risas suaves. En una habitación alguien practicaba violín.

Llegó hasta la puerta de Fallon y golpeó debajo de la pizarra de plástico. Vio que alguien le había dejado una nota en marcador verde.

Hola, Fal, pasé a verte. Extraño tu cara bonita. Revisa el subreddit, ¿sí?

Holly

Y arriba de eso, escrito con una letra rebuscada, decía: *prohibido entrar excepto por asuntos de fiesta*.

Cal golpeó nuevamente, apoyándose sobre la puerta para decir:

—No estoy aquí por asuntos de fiesta, pero teníamos programada una clase.

Escuchó el pestillo y, un segundo después, se abrió la puerta.

Fallon no lo saludó, así que se abrió paso hacia adentro con el codo, suspirando y dejando que su mochila se deslizara hasta quedar colgando de su brazo. Esa maldita cosa debía pesar más de veinte kilos con todos sus libros metidos dentro.

La habitación tenía un fuerte aroma a incienso, cuyo uso iba contra las reglas, pero Cal ya no creía que a esta chica le importaran las reglas.

—¿Sándalo? —preguntó, señalando con la cabeza el palillo que ardía cerca de la ventana abierta. Había utilizado una lata de refresco vacía como incensario, metiendo el palito de incienso a través de la lengüeta—. ¿Intentas esconder algo?

—¿Como qué? —preguntó Fallon, con la mirada vacía.

—Olvidalo.

Ya había dispuesto los libros y cuadernos sobre el escritorio para que trabajaran. Cal se acercó y se deslizó sobre la silla con un gruñido de alivio.

—¿Día largo? —preguntó Fallon. Llevaba puesto un solero azul oscuro encima de unos *leggings* con estampados brillantes. Hoy tenía un collar de cota de malla en lugar de un brazalete.

—No tienes idea —Cal sacó su copia de *Ancho mar de los Sargazos* y su cuaderno y, al abrirlo, encontró aquel mensaje esperándolo.

Fantasmas, fantasmas en las sombras, fantasmas en la luz, y ahora yo también me he convertido en uno.

Cerró bruscamente el cuaderno y apoyó los codos sobre la tapa.

—Pareces nervioso. ¿Quieres una cerveza? —preguntó Fallon, que ya se estaba dirigiendo al mini refrigerador.

—¿Estás segura de que eso no interferirá con nuestro trabajo?

Fallon se encogió de hombros, haciendo rebotar sus rizos despeinados sobre su espalda.

—Mi trabajo es asegurarme de que apruebes tu clase de Literatura. No soy tu acompañante de sobriedad. Toma, yo también beberé una.

Deja de ser amable, no me lo hagas más difícil.

—Adelanté bastante de mi ensayo anoche —mintió Cal, abriendo la cerveza que le ofreció Fallon. Estaba helada y tenía que admitir que lo ayudó con los nervios—. Así que gracias. Creo que las ciases están ayudando.

—Los milagros realmente ocurren —bromeó Fallon, levantando su lata en un brindis. Entonces hojeó su copia de la novela, intentando encontrar dónde se habían quedado—. ¿Tu papá todavía está molestándote?

Más preguntas sobre Roger. Quizá su padre tenía razón acerca de ella, y la simpatía era pura actuación. Cal se encogió de hombros, echando un vistazo a la habitación, buscando un lugar para esconder el contrabando.

—¿Sabes del sótano de Brookline?

Dando otro sorbo a su cerveza, Fallon asintió con la cabeza y luego levantó un bolígrafo, y comenzó a dar golpecitos con él sobre el libro abierto frente a ella.

—Tuviste la oportunidad de bajar, ¿no? ¿Cómo es?

—Asqueroso. Polvoriento. Deprimente.

—¿Entonces no es un lugar ideal para una cita? —Fallon sonrió y tiró de la lengüeta de su lata de cerveza. Hizo un sonido agudo y vibrante—. Lo tacharé de la lista.

Cal palideció.

—Oh, yo... En realidad, no me gustan las chicas.

—Y a mí no me gustan los chicos —le guiñó el ojo, pero de una forma amistosa, y los nervios le volvieron a hacer un nudo en el estómago.

Tenía que distraerse o le confesaría lo que su padre tramaba.

—Hubo una parte del libro que realmente me gustó... —Cal buscó frenéticamente entre sus notas—. Esta línea, «Siempre hay dos muertes, la verdadera y la que la gente conoce».

Fallon asintió con la cabeza, sus ojos color turquesa se volvieron repentinamente distantes.

—Sí. Mi preferida siempre fue: «Tapa la luna, baja las estrellas. Ama en la oscuridad, porque estamos destinados a ella tan pronto, tan pronto».

—¿Sabes eso de memoria? —preguntó Cal, impresionado.

Fallon se encogió de hombros y regresó a su libro.

—Algunas cosas simplemente te quedan grabadas, ¿sabes?

Cal pasó los dedos por encima de su cuaderno. Sí que sabía.

Metió la mano en el bolsillo y movió la pipa más cerca de su pierna, más adentro, para no sentirse tentado de buscarla. Se quedaría escondida, donde correspondía, y Fallon se quedaría en la universidad, donde correspondía.

—————
CAPÍTULO
—————

9

Se sentía muy orgulloso del hecho de que solo necesitó dos cervezas más antes de juntar el valor para acudir a la cita con la profesora Reyes y los otros. Llegó puntualmente, aunque sin mucho entusiasmo, con su mochila y una linterna propia.

Esta noche no voy a tocar nada, ni siquiera voy a mirar nada detenidamente, se prometió a sí mismo. Me quedaré quieto, observaré lo que hace Devon (que realmente no es una mala forma de pasar el tiempo) y eso será todo.

Pero cuando llegó, había una persona menos, específicamente un *Devon* menos.

Inmediatamente, Cal pensó en el trozo de papel doblado en el bolsillo del traje de su padre. *Esto no es bueno*.

Solo se trataba de una coincidencia, se aseguró a sí mismo. Devon era un atleta; probablemente habría sufrido un desgarro en la sala de pesas o una mala caída durante una práctica.

—¿Dónde está Devon? —preguntó, metiéndose las manos en los bolsillos y observando a las dos chicas primero y a la profesora Reyes después. Había dejado la pipa en su habitación, guardada en una caja fuerte con combinación bajo su cama.

—Es una lástima, pero Devon no nos acompañará —se lamentó la profesora Reyes con un profundo suspiro—. Y como él era quien lo supervisaba, señor Erickson, eso significa que se ha librado de participar esta noche.

—Oh —dijo Cal impasiblemente—. Qué lástima.

—Sí, estoy segura de que está *desolado*.

—Me iré, entonces...

—Pero lo veré mañana por la noche, en el horario habitual —la profesora Reyes sacó su llavero y se volvió, dando por terminado el asunto—. Chicas, quiero que hoy empiecen por la oficina inmediatamente. Si encuentran otra referencia a ese niño, me la traen. No es necesario que hagan copias de nada, simplemente tráiganme los originales.

Cal no se atrevió a soltar el suspiro aliviado hasta después de haber doblado la esquina y estar subiendo la escalera a los saltos. La ausencia inexplicada de Devon era extraña, pero probablemente no era nada. Sin embargo, el alivio solo duró hasta que llegó a su habitación.

Podía escuchar el alboroto a través de la puerta.

—Esto es ABSURDO.

Micah. Micah no gritaba. Micah nunca levantaba la voz con su acento cansino sureño. Esto era...

—¿Quién te lo dijo? —cada vez gritaba más fuerte—. ¡¿Quién te lo dijo?!

Cal se asomó a la puerta, con miedo de ser el blanco de algún proyectil si irrumpía en

la habitación demasiado rápido. Su compañero estaba caminando de un lado al otro por el límite entre sus mitades del dormitorio. Sujetaba el teléfono con tal fuerza que tenía los nudillos blancos y parecía que estaba a punto de hacerlo añicos.

—¿No podías decírmelo en persona? ¿Tenías que mandarme un maldito mensaje de texto?

Cal podía escuchar una voz aguda y frenética del otro lado. Una voz de mujer. Se aventuró más adentro, sintiendo que su pulso se intensificaba a medida que iba comprendiendo lo que sucedía. Estaban peleando, rompiendo otra vez, pero antes de lo que esperaba. Generalmente duraban al menos unas semanas...

—Ya no soy esa persona —decía Micah, ahora más calmado pero todavía con ese dejo de desesperación sin aliento, que Cal jamás había escuchado—. Sabes que ya no soy esa persona.

Finalmente, Micah notó que Cal había llegado y se volvió hacia él con las mejillas mojadas y brillantes.

—¿Está todo bien? —preguntó, moviendo los labios sin emitir sonido.

—Debo irme —dijo Micah al teléfono, cortando y arrojándolo violentamente contra su cama: rebotó sobre el colchón y chocó con la almohada—. Rompió conmigo —dijo en un susurro apagado, mirando fijamente el suelo, como si nunca antes lo hubiese visto—. Otra vez.

A la mañana siguiente, la barba de candado había desaparecido.

CAPÍTULO

10

Estoy decepcionado, Cal.

Tres pequeñas palabras. El pulgar de Cal flotaba en el aire encima de su teléfono, pero no sabía cómo responder. No había escondido la pipa en la habitación de Fallon, y ahora solo le quedaba esperar que Roger hubiera estado engañándolo acerca de las posibles consecuencias de su fracaso.

Solo necesito más tiempo, respondió finalmente.

Era mentira. No iba a hacerlo. De alguna forma, tendría que arreglar esto. Tendría que ir a la oficina de Roger y cancelar todo, prometer que lo haría mejor, que sería mejor, sin sobornos ni amenazas sobre la mesa.

Lo que fuera que estuviera sucediendo entre Fallon y Roger era cosa de ellos. Y, de verdad, la mejor de las suertes para Fallon. Tal vez encontraría algo en los correos electrónicos de su padre que lo pusiera en su lugar.

Cal apoyó el teléfono sobre el colchón. Los rayos del sol de la mañana se asomaban entre las cortinas. Extendió su mano sobre la parte iluminada de la manta, sintiendo el calor en su piel, la sensación opuesta a la de la mano del niño fantasma.

Se estremeció. Había vuelto a tener ese sueño. Esta vez el niño estaba con él en Brookline, y lo guiaba hacia la puerta que solo podía abrirse con las llaves de la profesora Reyes.

—Cruza —había dicho el niño, señalando la puerta—. Cruza, espíritu que camina, cruza.

Eso era todo lo que podía recordar del sueño. Llevó a cabo su rutina matinal como aturcido, olvidando lavarse los dientes antes de salir de la habitación, donde Micah todavía dormitaba. Le envió un mensaje de texto a Lara para saber si estaba bien y recibió una respuesta negativa, inmediatamente.

Había recuperado a sus amigos, pero no de la forma que los quería.

No tenía tantas clases ese día. Era algo bueno, considerando que a duras penas podría mantenerse despierto, incluso con una bebida energizante. Después de su última asignatura, tenía su clase final con Fallon antes de la fecha de entrega del ensayo.

Trotó frente a las fraternidades y hermandades femeninas hacia la residencia de Fallon. Las nubes oscuras que se habían acumulado durante todo el día parecían estar a punto de estallar y no quería estar empapado, además de exhausto, confundido y estresado.

Revisó su teléfono mientras subía el último tramo de la escalera hacia el piso de Fallon, sorprendido de descubrir que Roger no había enviado una rápida respuesta enfadada a su mensaje. No era típico de su padre aceptar un fracaso tan silenciosamente.

Frunciendo el ceño, levantó la mirada y descubrió que no era el único que había ido a visitarla. Una chica menuda, con el cabello azul brillante esperaba en la puerta. Tenía un lado de la cabeza afeitada y el resto del cabello recogido en una cola de caballo

descuidada, en la nuca. Llevaba una enorme camiseta sin mangas que colgaba de su pequeña figura, dejando ver un sostén de encaje rosado.

Se volvió y miró a Cal de arriba abajo.

—¿Qué cuentas, niño bonito? ¿También buscas a Fal?

—Es mi profesora particular —dijo Cal, con una expresión de desprecio—. ¿Quién pregunta?

—Holliday —respondió ella y extendió su mano. Tenía la piel tan pálida que era casi translúcida. Llevaba anillos de diferentes clases en todos los dedos. Uno de ellos incluso parecía tener bisagras, como para esconder algo dentro.

—Cal —dijo él. Se dieron la mano. Sus dedos estaban helados—. ¿Fallon no está?

—No está. No responde los correos electrónicos. No contesta su teléfono —Holliday se encogió un poco, apoyando la palma de su mano contra la puerta—. Fal no hace estas cosas. No desaparece, no sin antes avisarme.

Oh rayos.

—Tal vez solo está retrasada en clase —sugirió Cal—. La recepción de señal es una porquería en el sector académico.

—También es mala aquí, pero su teléfono es súper potente. Mira, no sé por qué te digo esto, niño bonito. Solo avísame si la ves, ¿está bien? —Holliday lo tomó del brazo y lo acercó a ella de un tirón. Tenía una fuerza sorprendente. Le levantó la manga y sacó un marcador permanente negro con el que escribió su número en el brazo.

—Oye —dijo Cal, intentado recuperar su brazo—. Podrías preguntar primero.

—Sí, como sea. Si ves algo, envíame un mensaje de texto —la chica se alejó de él de un empujón, lanzando una última mirada a la puerta de Fallon antes de escabullirse por el pasillo.

Si veo algo. ¿Y si ya sé algo?

Cal estuvo a punto de enviarle un mensaje a Roger para avisarle que su clase particular se había cancelado, rogando que respondiera con sorpresa. Pero tenía la fuerte sospecha de que su padre ya lo sabía. Que había encontrado otra forma de deshacerse de su supuesto *problema*.

No, no, no. Esto no podía estar sucediendo.

CAPÍTULO

11

Cal no regresó directamente a Brookline. Deambuló por el campus, esperando que se le presentara una solución, o encontrarse con Fallon, quien le explicaría que había estado durmiendo en la biblioteca o entrenando en el gimnasio. Quizá su teléfono se había quedado sin batería o había olvidado su clase particular con él. Finalmente, regresó a su habitación, convencido de que estaba siendo paranoico y de que había un sinnúmero de explicaciones lógicas respecto de dónde podía estar Fallon.

Cuando su teléfono finalmente vibró, una hora después, no eran Fallon ni Roger. Era un número que no reconoció. Cal leyó el mensaje con la sensación de que todo su mundo se estaba poniendo patas para arriba. Cualquiera otro día se hubiera alegrado con esa sorpresa. Pero en ese momento, después de todo lo que había sucedido, se quedó parado en medio de la habitación, mirando fijamente la pantalla con mudo terror.

Hola, soy Devon. De la otra noche, ¿recuerdas? Empezamos con el pie izquierdo. Deberíamos vernos hoy. Podríamos cenar juntos. ¿Te parece?

—¿Cómo conseguiste este número? —susurró Cal observando el teléfono. Parpadeó con fuerza y se secó el sudor que comenzaba a darle comezón en las sienes. Bueno. Esto podía arreglarse. Todo esto podía arreglarse. Primero, le llevaría la estúpida pipa de vuelta a Roger. Le explicaría calmadamente que no quería tener nada que ver con lo que estaba sucediendo, que hacer la lista había sido un error. Que no le importaba nada de eso, no quería nada de nadie.

Definitivamente, no podía ir a cenar con Devon. No todavía. No hasta saber exactamente qué demonios estaba sucediendo. Se le vino a la mente esa estúpida frase que decía «Ten cuidado con lo que deseas», como burlándose de él.

—Sí, sí —dijo entre dientes, mientras se arrodillaba para buscar su caja fuerte bajo la cama—. Soy un idiota y todo esto es mi... culpa.

Se detuvo. La caja estaba abierta. Eso no era posible... Era una combinación de seis dígitos. Ni siquiera *Micah* sabía que la tenía, y eran compañeros de dormitorio. Cal sacó la caja, revolviendo los contenidos para ver qué faltaba. Solo la pipa.

Por supuesto.

—Nuevo pian —dijo con decisión, pero podía sentir que las mejillas se le estaban enrojeciendo y que el pánico le estaba haciendo el ya familiar nudo en el estómago. El teléfono que tenía en el bolsillo chirrió, y Cal casi cayó al suelo del susto—. Cielos, estás perdiendo la cabeza, Erickson.

Mira por la ventana.

Ahora estaba sudando en serio, casi al punto de no lograr sostener firmemente el teléfono.

Se lanzó hacia la ventana.

Allí estaba la chica nueva, Holliday, de pie en el jardín con su cabello azul eléctrico

que brillaba bajo las lámparas de los senderos. Con una mano sostenía el teléfono junto a su oreja y con la otra tenía la pipa levantada sobre su cabeza. Entonces bajó el teléfono, tipeando algo, obviamente.

¿Se te perdió algo?

Olvida el estúpido teléfono. Abrió la ventana de un empujón y se inclinó hacia afuera para gritar:

—¡¿Cómo demonios conseguiste mi número?!

Holliday guardó el teléfono y la pipa en el bolsillo, aunque Cal, desde donde estaba, no podía entender cómo los había metido en sus *jeans* negros ajustados. Después, señaló la ventana y simuló marchar. Iba a subir. Maravilloso.

—¡Mi habitación no está en condiciones para recibir visitas! —le gritó desde arriba.

—¿Y qué?

Se inclinó hacia atrás y cerró la ventana de un golpe. No confiaba en Holliday ni siquiera un poco. Esa loca había logrado meterse en su habitación y abrir su caja fuerte. Probablemente era *hacker*, como Fallon.

El teléfono volvió a saltar en su mano, esta vez, con otro mensaje de texto del número de Devon.

¿Cal? ¿Quieres ir a cenar? No me dejes colgado, amigo.

Sí. No. Maldición.

Casi se sintió bien, liberado, al apretar los dientes y responder.

No esta noche, Devon. Quizás en otra ocasión.

CAPÍTULO

12

— **A** cabo de rechazar una cena con la persona más *sexy* que haya visto en la vida real —dijo enfurecido, cruzando la habitación dando fuertes pisotones hacia la puerta—, así que mejor que esto valga la pena.

—Corrección: el autómatas más *sexy* que hayas visto... —dijo Holliday, cerrando la puerta con determinación detrás de ella—. Toma —dijo, arrojándole la pipa—. Sabía que eso captaría tu atención.

—Existen formas más sencillas —le dijo Cal con vehemencia—. Como el teléfono, por ejemplo. ¡O un correo electrónico cordial! ¿Cómo sabías la combinación de la caja fuerte? ¡En serio!

Holliday deambuló por la habitación, observando las fotos y levantando objetos al azar como si ya hubiese estado allí un millón de veces. Quién sabe, quizá ya había estado allí muchas veces.

—Ahora sabes que no estoy bromeando.

—¿Bromeando acerca de qué? ¿Qué quieres de mí?

—Es el cumpleaños de tu madre —dijo Holliday, apoyándose despreocupadamente contra la ventana y cruzando los brazos. Con un soplado, se quitó un mechón de cabello azul de los ojos—. Eso lo saqué de tu computadora, cuya contraseña es tu músico favorito, a quien tienes en un póster sobre tu cama —echó un vistazo al póster de Jack Johnson y puso los ojos en blanco—. Quien es *über* terrible, por cierto.

¿Über? ¿Terrible?

—¿Qué eres, de la luna?

—No, de Internet —respondió ella y sonrió con superioridad. Tenía perforado el espacio entre la nariz y el labio, con una sola bolita de plata, como un lunar—. Que es como encontré tu número de teléfono. Fal y yo compartimos todo, y cuando da clases particulares a alguien nuevo, me da su número por si algo sale mal. Precauciones.

—¿Hacen eso? —preguntó Cal, levantando una ceja. No sabía qué hacer con la pipa en sus manos, así que la arrojó incómodamente sobre la cama y rezó para que ningún consejero pasara por allí.

—Somos chicas. Por supuesto que hacemos eso - Holliday revoleó los ojos, como si esa información fuera de lo más obvia. —De cualquier modo, todavía no he sabido nada de ella. Desapareció. Lo sé. Y sé que ellos se la llevaron.

—¿Ellos? —esto se estaba volviendo cada vez más loco. Pero si creía que era una locura, ¿por qué seguía sudando tanto?—. ¿Quiénes son *ellos*?

—Los espías que manejan todo aquí —dijo Holliday, y luego sacó su celular y tocó la pantalla un par de veces antes de mostrárselo a Cal. En él había una foto borrosa, de dos figuras corriendo. Estaban vestidas de la cabeza a los pies de rojo, con capas tal vez, y sus rostros estaban escondidos, mirando al lado opuesto de la cámara—. Ellos. Estos. Los

Scarlets.

—¿No son solo una fraternidad académica? —Cal había oído de ellos, pero de forma muy vaga. Supuestamente, solo invitaban a unirse a los chicos más inteligentes y de las «mejores» familias. Él tenía una de esas condiciones a su favor, pero la otra, no tanto.

—Si eso es lo que crees, entonces están haciendo bien su trabajo. Al principio, Fal pensó que quizá tú también eras uno de ellos, pero después de conocerte estaba convencida de que no —dijo Holliday. Fue hacia el escritorio y se desplomó sobre la silla, deslizándola hacia adelante para usar la computadora. Sin ningún problema, tipeó la contraseña.

Cal refunfuñó, tomando nota mentalmente de cambiarla.

—Personalmente, estoy muy sorprendida de que no seas uno de ellos.

—Quizá lo soy —dijo Cal, resoplando—, y simplemente no lo sabes.

La silla rechinó cuando Holliday giró para quedar frente a él. Levantó una de sus finas cejas negras.

—¿Sí?, no lo creo —volvió a ponerse frente a la computadora—. Tú no eres un Scarlet, pero tu papi sí.

—¿Mi...? —Cal se acercó al escritorio, inclinándose sobre el hombro de Holliday—. ¿De qué estás hablando?

El nudo que tenía en el estómago se había convertido en algo sólido y helado que se hacía cada vez más grande, más pesado y más difícil de soportar, con cada segundo que pasaba.

Holliday tipeó furiosamente, abriendo el buscador y luego varias pestañas nuevas.

—Esa pipa... Ibas a incriminar a Fallon con ella, ¿verdad?

Cal dudó, y aparentemente eso fue respuesta suficiente para ella.

—Eso fue lo que pensé. La administración ha estado intentado expulsarnos a Fallon y a mí por las más mínimas transgresiones durante los últimos dos semestres, y la pipa hubiera sido la tercera y última oportunidad de Fallon. Pero no la dejaste en su habitación —en ese momento se detuvo, inclinando la cabeza hacia un lado para observarlo fijamente. Tenía ojos oscuros, casi negros, y el mentón pequeño y puntiagudo—. ¿Por qué no lo hiciste?

Cal se encogió de hombros.

—Mi padre me dijo que Fallon era un problema... y que estaba *hackeando* sus cosas. Eso no significa que deba ser expulsada. Diablos, deberían darle una medalla por eso.

—Tiene razón. Por lo que respecta a él, ella es un problema. Y yo también. El año pasado nuestra amiga Michelle se puso extraña. Pero *realmente* extraña. Creímos que tal vez se había unido a una secta o algo así, pero entonces, dejó de hablarnos, hasta de

mirarnos. Intentábamos saludarla, haciéndole señas con la mano, y era como si ni siquiera estuviéramos ahí. Así que... puede ser que hayamos revisado sus correos electrónicos. No estuvo muy bien, lo admito, pero sentíamos curiosidad —sus dedos volaron por el teclado y Cal vio cómo abría el portal de Internet con los archivos de la universidad—. Mira esto.

Comenzó a realizar diferentes búsquedas, algunas decían «Brookline» y «manicomio», otras «*Scarlets*» y «sociedad», y otras «desapariciones en Camford». Aparecieron pocos resultados. Cal se dio cuenta de que los artículos acerca de Brookline eran breves y se parecían más a alegres anuncios destinados a apaciguar a padres preocupados que a documentos históricos reales.

—Y ahora mira esto —dijo ella mientras abría una nueva pestaña y tipeaba una URL que a Cal le resultó familiar.

—¿No escribiste algo acerca de esto en la puerta de Fallon? ¿Acerca de un sub-algo?

—Sí, este es nuestro *subreddit* —explicó Holliday, con una pequeña sonrisa de aprobación—. Buen ojo. Después de meternos en los correos electrónicos de Michelle, no podíamos dejar de buscar. Hay mucho más aquí. ¿Este tipo? —dijo y señaló la pantalla con una uña negra quebrada, mostrándole a Cal el apodo S4UL—. Tiene recortes de los últimos cuarenta años, además de fotografías y teorías... Pero nada de eso está en los archivos de la universidad, y cuando Fal y yo intentamos *hackearlos*, el cifrado que tienen es una locura. Estamos hablando de niveles militares de seguridad, y ¿por qué?

Cal no sabía si esperaba una respuesta o no. De cualquier forma, él no era exactamente un experto en piratería informática.

—¿Tal vez porque guardaron ahí algunos de los registros de los pacientes del asilo para la posteridad? Puede que no quieran que la gente los vea por temas de privacidad. La profesora Reyes parecía muy preocupada por proteger los archivos del sótano.

—Creo que hay más. Creo que hay mucho, mucho más. Y vamos a descubrirlo —sus ojos brillaron, repentinamente más luminosos y menos negros, bajo la luz de la lámpara del escritorio de Cal.

—¿No deberíamos estar buscando a Fallon? —preguntó él, separándose del escritorio de un empujón y despeinándose el cabello—. Ese parece ser el asunto más urgente.

Holliday también se puso de pie, caminando hacia él con sus piernas largas y delgadas, dirigiéndole una sonrisa. Un poco loca, tal vez, pero no iba a mencionarlo.

—Nosotros no vamos a encontrarla —dijo Holliday y se volvió para mirar la pipa abandonada sobre la cama—. *Tú lo harás.*

—¿Yo? —Cal miró hacia abajo, hacia su camiseta, como si quizás ella lo hubiese confundido con otra persona—. ¿Qué demonios se supone que haga?

—¿Estás en buenos términos con tu padre? —preguntó ella.

—¿Buenos términos? No, no exactamente.

—Bueno, tendrás que solucionar eso cuando le envíes un mensaje de texto —dijo Holliday, poniendo los ojos en blanco.

Todo esto estaba yendo demasiado rápido.

—¿Un mensaje de texto sobre qué?

—Tenemos que grabar a tu papá admitiendo que está involucrado con los *Scarlets*, y que no son solo una inocente asociación académica —dijo. Luego buscó en sus pequeños bolsillos otra vez y sacó su teléfono—. Puedo esconderme cerca. Solo tienes que hacer que te explique cómo intentó incriminar a Fallon. ¿Puedes hacerlo?

Dios, quizá debería haber aceptado la invitación a cenar de Devon después de todo. Pero ya estaba mucho más allá de eso, ¿no? Tenía que saber si Roger realmente era responsable de que Devon lo hubiese invitado a salir. Y de que Micah y Lara rompieran tan repentinamente. Y de que Fallon desapareciera...

—¿Y esto cómo ayudará a Fallon?

—Si logramos que admita que está involucrado en algo turbio, podremos usarlo en su contra —dijo Holliday, mordiéndose el labio inferior. No le inspiraba demasiada confianza—. Extorsionar al extorsionador, ¿sabes?

Cal suspiró y miró hacia la ventana.

—¿Realmente crees que funcionará?

—Es solo un hombre —dijo, enderezándose—. Solo es tu papá, ¿sí? No lo olvides. Solo es tu padre.

CAPÍTULO

13

Técnicamente, era primavera, pero Cal se estaba congelando mientras esperaba en el jardín, afuera de Brookline. Holliday estaba cerca y probablemente sentía tanto frío como él, observándolo desde un grupo de árboles y arbustos a unos metros.

Intenté poner la pipa en el dormitorio de Fallon, pero no abre la maldita puerta. ¿Sugerencias?

¿Podemos reunimos para hablar?

Entrecerró los ojos, irritados por el brillo de la pantalla de su teléfono y el mensaje en ella. No había estado seguro de que Roger fuera siquiera a responder. Pero Holliday había insistido en que enviase el mensaje, y ahora que tenía la respuesta de su padre, tenía que admitir que todo este asunto de la conspiración tipo *Skull and Crossbones*^[2] empezaba a parecer menos una conspiración y más una realidad.

Voy para allá. Nos vemos afuera en veinte minutos.

No había nadie en el jardín, excepto él. Vio una figura que se movía a través del patio, cerca del sector académico. Entonces la silueta se transformó en un hombre más o menos del tamaño de Roger.

Una fina niebla se movía sobre la hierba, arremolinándose contra la base del árbol donde Holliday esperaba.

Cal vio a su padre acercarse, y se aseguró a sí mismo de que no había visto la pálida neblina del niño fantasma resplandeciendo detrás de él. Esperó, temblando, y repasó la lista en su mente: *Quiero que mis amigos estén bien, sin importar si están saliendo juntos o no. Quiero que Fallon se quede en la universidad. Quiero decirle que me gustó el cómic...*

—Bien —dijo Roger, ligeramente sin aliento, cuando por fin estuvo cerca. Miró a su alrededor y luego tomó a Cal firmemente del codo—. Estás aquí. Eso es bueno. Vamos.

Cal lo siguió con pasos vacilantes, sintiendo que su padre le lastimaba el brazo por la fuerza con la que lo tenía sujetado.

—¿Cómo que vamos? ¿Adónde?

No quería alejarse demasiado de Holliday y su teléfono. Si Roger realmente era culpable de secuestrar a alguien, necesitaban grabarlo diciéndolo con sus propias palabras.

—Adentro. Puedes haber fracasado en llevar a cabo tu parte del trato, pero sabes demasiado. Eres uno de nosotros ahora.

¿Uno de nosotros?

—¿Uno de quiénes? —preguntó Cal. Estaban entrando nuevamente a Brookline, y un dolor sordo le invadió el pecho, como un rugido que le corría por las venas, como una advertencia de que algo andaba muy mal—. ¿Qué está pasando? ¿Dónde está Fallon? No está en su residencia y no contesta su teléfono.

—Por Dios, realmente he criado un idiota —dijo Roger entre dientes—. Pero, al menos, finalmente estás cooperando.

A Cal se le secó la boca. Oyó pasos suaves detrás de ellos y rogó silenciosamente que Holliday mantuviera distancia, que no se acercara demasiado a esto, fuese lo que fuese. Esto no era parte de su plan, y no quería que ella y Roger terminaran en la misma habitación. En su interior, sabía adonde estaban yendo, y siguió a su padre trastabillando, con las piernas temblorosas, mientras él lo guiaba hacia ese lugar, ese sótano con su maldito candado gigante.

Roger sacó su propia llave, una sola, del bolsillo de su pantalón, y la metió en el candado.

—¿Por qué tienes la llave de este lugar? —susurró Cal—. ¿En qué demonios estás metido, papá?

Riendo por lo bajo. Roger lo miró y luego lo hizo entrar de un empujón.

—Debes estar realmente asustado para llamarme así.

—Asustado no —respondió rápidamente. Tenía que seguir con la farsa y convencer a su padre de que estaba de su lado. *Piensa*—. Es solo que no tenía idea de que ser un *Scarlet* podía darte acceso a tanto.

Eso hizo pensar a Roger. Asintió con la cabeza lentamente, haciendo un sonido pensativo con la garganta.

—Te da acceso a *todo*. Esta universidad, esta ciudad son los *Scarlets*. Pero ya lo verás.

Cal estaba cada vez más seguro de que no quería ver.

—Esa chica Brandt estaba cerca, oh, sí que estaba cerca. Astuta. Imagino que ella y su amiga no son las únicas tontas que andan husmeando. No nos hemos encargado de todos todavía, y quizá nunca lo haremos, pero sí podemos enviarles una advertencia.

—¿De quién estás hablando? —Cal intentó que no se alterara su voz—. Suenas paranoico.

—Paranoico no, solo preparado.

A Cal le picaba la garganta por el polvo. Mientras bajaba a la recepción y al sótano oyó voces, chirridos. Rogó que Holliday se mantuviera alejada.

—¿Por qué no me contaste acerca de esto antes? —preguntó, honestamente curioso.

Roger lo soltó, aparentemente convencido de que él en realidad estaba allí por voluntad propia. Avanzaron a través de las motas de polvo que flotaban en el aire como nieve suave, dejando atrás la recepción y entrando en el pasillo que Cal ya conocía. Los chirridos y las voces cobraron fuerza, y escuchó una risa solitaria como un aleteo en la oscuridad.

—Te dije que me gusta matar dos pájaros de un tiro cuando puedo.

Roger le mostró los dientes, no con una sonrisa exactamente, solo abriendo los labios, como saboreando el aire. Como un depredador. Un animal.

Cal escuchó las voces cada vez más cerca, aunque nunca se elevaban por encima de un murmullo constante y monótono. Roger se detuvo fuera de la habitación 3 y tomó a Cal por los hombros, obligándolo a mirarlo a los ojos.

—Esto significa que ahora eres uno de nosotros, hijo —le dijo solemnemente.

Cal parpadeó e intentó no correr. Finalmente estaba entendiendo que ya era parte de eso. Hubiera tenido o no la intención de terminar allí, iba a ser parte de lo que fuera que estuviese ocurriendo en esa habitación. No lo había detenido y tal vez eso lo hacía tan malo como los demás.

No te acerques, Holliday. No te metas en esto.

—Bueno —dijo Roger, apretándole los hombros con una sonrisa auténtica, eufórica—, resolvamos este problema.

Con firmeza, guio a Cal por los hombros al interior de la habitación 3. Era justo como la recordaba: las paredes derruidas con sus manchas de humedad y moho cada vez más grandes; la minúscula y oscurecida ventana; el catre y la mesa solitarios...

Pero ahora había algo más: una silla, nueva y sólida, con grilletes para los brazos, las piernas y el cuello. Fallon estaba en esa silla, forcejeando con sus ataduras.

Cal podía sentir la presencia del niño fantasma, observando, *acusando*.

—No estoy aquí para ayudar, ¿verdad? —murmuró con el mentón, repentinamente tembloroso—. *También soy como ellos*.

—¿Qué dijiste? —preguntó Roger, pero no esperó a recibir una respuesta—. No importa —levantó la voz, volviéndose ligeramente y hablando hacia la puerta—. Busca a la otra. Estaba escabulléndose en las sombras detrás de nosotros.

Un par de pasos retumbaron por el pasillo.

Entonces Cal oyó un grito, de Holliday, y un segundo después dos figuras encapuchadas la forzaron a entrar a la habitación. Llevaban capas rojas.

Cal se estremeció y sintió que su padre lo agarraba más fuerte de los hombros.

—¡Déjenme ir! —Holliday se sacudía violentamente, dando pelea—. ¡Psicópatas! ¡Déjenme *ir*! No pueden lastimarme —iba levantando la voz con un tono cada vez más desesperado—. ¡No pueden lastimarme!

Roger rio en voz baja.

—Aquí abajo podemos.

Fallon, atada a su silla, observaba fijamente a Cal. El brillo de sus ojos color turquesa había desaparecido. Un trozo de cinta adhesiva gris le cubría la boca, pero él podía escucharla intentando gritar de todas formas.

—Creo que la señorita Brandt ya no va a seguir buscando secretos —estaba diciendo Roger detrás de Cal—. No, ella y su amiga siempre fueron problemáticas, entrometidas. Las niñas entrometidas pueden encontrarse hurgando en rincones oscuros donde no pertenecen —Roger levantó la mano y la movió en un círculo, señalando la habitación 3, el sótano y más allá—. Como este. Y esas niñas podrían, por ejemplo, caer por una escalera podrida. Perderse. Desaparecer.

¿Desaparecer? ¿Qué quería decir Roger con desaparecer?

Esa barrera invisible, la que Cal odiaba pero conocía como a una amiga, ya no estaba. Él estaba ahí, realmente ahí, y la sensación absoluta de estar presente era demasiado. Ahora tenía miedo, y odiaba, y quería que la barrera volviera. No quería sentir esto.

Levantó la mirada, reprimiendo otra oleada de náuseas. Allí estaba Fallon, en la silla, con una figura vestida de negro a su lado. Además, había una mesa con extraños instrumentos médicos...

—Cálmate —gritó Roger, volviéndose hacia Holliday. Las figuras encapuchadas seguían intentando dominarla. Una de ellas finalmente logró ponerle un trozo de cinta sobre la boca. Pero Holliday había visto la mesa y la bandeja con los instrumentos brillantes y afilados. Forcejeó con más fuerza, sacudiéndose—. Esos no son para ustedes, no si se comportan y hacen lo que nosotros decimos.

—¿Nosotros? —Cal se soltó de su padre—. ¡Yo no tengo nada que ver con esto! ¡Tú eres el responsable, tú y tus *Scarlets*, con... con esto! —señaló a Fallon en la silla—. ¿Y qué si te estaban *hackeando*? ¡Expúlsalas, no lo sé, pero por Dios, solo déjalas ir!

—Dijiste que estaba con nosotros —dijo la figura de negro. Su voz le resultaba familiar, femenina pero apagada por la máscara. No podía identificarla bien, y ahora no sabía adónde mirar: a Holliday la estaban arrastrando fuera de la habitación, mientras pateaba y se sacudía, y esa figura de negro estaba avanzando hacia él, sosteniendo un instrumento largo y plateado, como un picahielo.

—Tranquilízalo —decía la figura de negro—. O yo lo haré.

—No es necesario —dijo Roger, levantando las manos. Se acercó a Cal lentamente, con cuidado—. Creí que nos entendíamos, hijo. Yo he cumplido con mi parte del trato, ¿no es así? Te he dado todo lo que querías.

Cal rio, como un demente, y se agachó, intentando encontrar una salida. No podía sortear a su padre y esa estaca plateada brillante estaba cada vez más cerca...

—¡No quiero *esto*, lunático! ¿Quién crees que soy?

—No tengo idea —dijo Roger suavemente—. Y es por eso mismo que eres un problema.

Cal vio que su padre asentía con la cabeza. ¿Eso era una señal? Detrás de la cinta que le cubría la boca, Fallon gritó, advirtiéndole. Cal giró y vio a la figura de capa negra aparecer justo detrás de él, con la estaca en su mano. Más pasos resonaron por el pasillo.

Habían terminado con Holliday y venían a buscarlo. Estaría rodeado y lo superarían en número.

No pensó. Simplemente se lanzó hacia delante, tomó la estaca y la retorció hasta quitársela de la mano a la desconocida. Entonces Roger se arrojó encima de él, intentado tirarlo al suelo. Con un gruñido furioso y toda su fuerza. Cal giró y arremetió contra su padre. Roger se tambaleó hacia atrás contra la puerta, demasiado lento. Se recuperó rápido, lanzando un puñetazo hacia el estómago de Cal, pero este nunca llegó a destino. Cal levantó el brazo moviéndolo en un arco descendente, clavándole la estaca en el ojo a su padre.

Cal sintió sangre en su rostro, inesperada y tibia, y se tambaleó hacia atrás, asqueado y tal vez ciego. ¿Tenía sangre corriendo por sus ojos? No podía darse cuenta...

Fallon dejó de gritar tras la cinta.

Algo golpeó a Cal fuerte en la cabeza, haciendo que perdiera la visión y que le cedieran las piernas. Podía escuchar a su padre gritando, sacudiéndose, y sintió que la sangre de su rostro se volvía pegajosa y espesa.

Siempre hay dos muertes, la verdadera y la que la gente conoce.

El mundo se volvió negro y luego gris, cambiando y haciéndose añicos una y otra vez; ríos de partículas que Cal vio diluirse y mezclarse. Como los edificios al revés. Como sus sueños del niño fantasma.

Su padre continuó gritando mientras una sombra lo cubría, y esa fue la última imagen borrosa que Cal vio antes de que la oscuridad invadiese todo.

—Está todo bien. Nos encargaremos de limpiar esto —dijo una voz suave, hablando bajo. La figura de negro—. Ahora eres uno de nosotros, Cal. Cuidaremos de ti. Nos encargaremos de todo.

AGRADECIMIENTOS

Gracias, como siempre, a Kate McKean por su ayuda y apoyo. Me siento tan aliviada de que Cal fuese considerado suficientemente agradable como para merecer su propia porción de la historia, y fue muy divertido poder meterme en su cabeza. La fe en él se debe en gran parte a Andrew Harwell, a quien el idiota parece caerle tan bien como a mí. El equipo de HarperCollins realmente logró el diseño, y siempre me impresionan su dedicación y creatividad. Gracias a mi familia y amigos por nunca dejarme explotar ni convertirme en una supernova de estrés y preocupación. Jean Rhys y Lee Falk fueron grandes inspiraciones para esta novela corta: *Ancho mar de los Sargazos* es uno de mis libros preferidos y *El Fantasma* es una serie de cómics extensa y maravillosa. Habiendo dicho esto, también debo expresar mi agradecimiento a Steve Wright, quien me hizo conocer *Ancho mar de los Sargazos* en primer lugar, en uno de sus múltiples cursos influyentes. Finalmente, unas palabras de agradecimiento a Jeff Kurtenacker por la banda sonora del 90% del tiempo que trabajé en esto: un autor siempre le debe mucho a una buena banda sonora.



MADELEINE ROUX (Minnesota, EE.UU., 1985). Recibió su licenciatura en Escritura Creativa y Actuación en Beloit College en 2008. En la primavera de 2009, Madeleine completó un plazo de Honores en Beloit College, escribiendo y presentando una novela histórica de ficción de larga duración. Poco después, comenzó el blog de ficción experimental *Allison Hewitt Is Trapped* que se extendió rápidamente por toda la blogosfera, trayendo una experiencia ficción de serie única para los lectores. Nacida en Minnesota, ahora vive y trabaja en Wisconsin, donde disfruta de la cerveza local y la preparación para el apocalipsis zombi eventual e inevitable.

Notas

[1] N. de la T.: hace referencia a la frase latina «*Et tu, Brute?*» de la tragedia de Shakespeare Julio César, que se usa para cuestionar la lealtad de un buen amigo. <<

[2] N. de la T.: *Skull and Crossbones* (Calavera y Huesos) es una sociedad secreta iniciática y filantrópica con sede en la Universidad de Yale, Estados Unidos. Es bastante famosa por películas que se hicieron al respecto. <<